

SEBASTIÁN LEÓN TOMÁS

**INSTRUMENTO DE MISERICORDIA
Y DE CONSOLACIÓN**

COMPENDIO DE LA VIDA
DE LA BEATA
MARIA ROSA MOLAS Y VALLVÉ

- Edición Centenario -
Roma 1977



AL LECTOR

1. El autor

D. Sebastián León Tomás nace en Vinaroz, Castellón, España, el 29 de junio de 1831. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Tortosa y fue ordenado sacerdote en septiembre de 1859. Pocas noticias nos han llegado sobre él.

En el registro del personal del clero diocesano de Tortosa en 1858 leemos: "Don León Tomás, diácono, patrimonista, natural de Vinaroz"; cursó la carrera abreviada; es joven de buenas cualidades.

Sabemos con certeza que ya desde sus años de seminarista vivía en el arrabal de El Jesús, y que a partir de su ordenación sacerdotal fue el capellán de la Casa de Misericordia. Allí residía en una casa anexa al mismo edificio y que todavía se conserva. Las religiosas la denominan cariñosamente: "la casita del Padre León".

En El Jesús conocemos ancianos que conservan la imagen del venerable capellán de la Misericordia, "de aspecto digno; alto, delgado, muy agradable; muy humilde y cariñoso". Recuerdan y ponderan su actividad apostólica, su preocupación por la juventud. Nos indican: "En ese local fundó el círculo de San José; ahí reunía a los jóvenes del arrabal y de las cercanías".

Algunas de las religiosas ancianas evocan con respetuosa veneración los consejos del Padre.

El boletín oficial eclesiástico de Tortosa daba la noticia de su muerte, acaecida el 7 de septiembre de 1901. En la esquila necrológica que publica, el único título del Padre León es el de "Capellán de las Hermanas de la Consolación".

Sacerdote ejemplar, capellán de la Misericordia, confesor de la Beata Madre, consejero del Instituto de las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación en sus primeros años. Eso es todo lo que conocemos del Padre León. Su vida está escondida en el silencio de Dios.

Pero una cosa sabemos: el Padre León fue "testigo presencial... durante veintiséis años" de la vida de la Beata María Rosa Molas, fue su confesor durante quince y por eso conoció muy a fondo su obra y su espíritu, descubrió los dones de Dios derramados abundantemente en ella, captó que había sido elegida como "instrumento de misericordia y consolación".

Y no quiso que todo esto quedara oculto. Como luz colocada sobre el candelero, debía proclamar el amor de Dios, hecho salvación del hombre, a través de esta mujer consagrada. «No puede quedar



nuestro siglo privado de admirar un corazón laureado de penas y favores divinos, sacrificado enteramente por Dios y la humanidad infeliz, con indecible desprendimiento y dulce complacencia" (Compendio, pag. 7).

Como agua mansa que fecunda nos ha llegado todo esto a través de cien años. Las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación expresan hoy la veneración profunda, el inmenso cariño y la sincera gratitud que sienten hacia el Padre León.

2. La obra

Ya en vida de la Beata María Rosa Molas el Padre León había concebido la idea de escribir su biografía. El mismo nos dice que "alguna vez se pensó cuan conveniente podía ser conservar los datos de su vida para gloria de Dios y edificación de las hermanas" (Compendio, pag. 7). Indicó esta idea a la Beata Madre, pero encontró que su humildad se resistía, « se afectaba profundamente » y había que retirar la propuesta « para que recobrara su serenidad ». (Ibid.)

Sin embargo, fiel a su intento, el Padre León fue recogiendo apuntes y noticias, algunas « oídas al acaso de la misma Madre, sin pensar que le fueran recogidas », y después de su muerte puso manos a la obra.

No pretendía escribir una biografía crítica, pero se sirvió de fuentes seguras:

- La información oral de muchos testigos que la conocieron, algunos desde su juventud, los más desde su traslado a Tortosa.
- El testimonio escrito de todas las hermanas que convivieron con ella.
- El testimonio también escrito de varios sacerdotes de la diócesis de Tortosa, de dos compañeras de la Corporación de Reus y algún seglar que la trató de cerca.

A estas fuentes amplias y serias, hay que añadir la experiencia personal como testigo ocular y como director espiritual.

Con este material trazó el perfil biográfico de la Beata Madre. La tarea se prolongó durante unos años. En 1890 presentó el manuscrito a la censura y aprobación del obispo de Tortosa, Don Francisco Aznar y Pueyo. En 1891 la Tipografía Católica de Barcelona, publicaba la biografía con el título de COMPENDIO BREVE Y SENCILLO DE LA ADMIRABLE VIDA DE LA GRAN SIERVA DE DIOS REVERENDA MADRE SOR MARIA ROSA MOLAS Y VALLVÉ FUNDADORA DEL INSTI-



TUTO DE LAS HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN DE TORTOSA, ESPAÑA, hecho que llenó de gozo y colmó los deseos de la Congregación.

La biografía de la Beata María Rosa Molas escrita por el Padre León, tiene el lenguaje y las características propias de la época y de la finalidad que se propuso. El autor no ha tenido pretensiones literarias ni científicas. Simplemente de lo divino, encerrado en la sencillez de lo cotidiano; el don de Dios, hecho servicio de caridad misericordiosa; la desolación interior, hecha consolación para los otros; la proyección de estos dones y de esta vivencia, encarnados en una obra: el Instituto de Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación.

Los hechos narrados son veraces. El mismo autor da testimonio de ello: « Ante el tribunal de Dios no diría cosa en contrario ». La Sagrada Congregación para las Causas de los Santos lo ha reconocido después de un detenido estudio crítico: « Los trazos de la personalidad y de la Fisonomía espiritual de la sierva de Dios, M. María Rosa Molas y Vallvé, dibujados en el Compendio, corresponden plenamente a la realidad objetiva que exige la crítica histórica. « El límpido espejo de perfección » representado en las páginas del Compendio y envuelto en una aureola de auténtica santidad, no ha sido deformado ni adulterado. » (Disquisitio histórica, Pág. 15)

3. Nuestra edición

En muchas ocasiones las Hermanas de la Consolación y los que se han acercado y aman a la Beata María Rosa Molas, habían expresado la necesidad sentida y el deseo de hacer una lectura personal y reposada de la vida de la Madre, escrita por quien más a fondo la conoció.

Para satisfacer estos deseos las editoras de la Serie CONSOLAMINI, en ocasión del AÑO JUBILAR y de la Beatificación de la Madre, han tomado la decisión de ofrecer de nuevo al público esta obra clásica y fundamental para el conocimiento de la Beata.

INSTRUMENTO DE MISERICORDIA Y DE CONSOLACIÓN es simplemente la biografía de la Beata María Rosa Molas escrita por su confesor, el Padre Sebastián León Tomás y Llarás, en su edición centenaria. Reproduce el texto íntegro de la edición de 1891, aunque, para facilitar la lectura, se ha adoptado la ortografía moderna y se han introducido subtítulos entresacados del mismo texto.

Al presentárosla, las editoras expresan un deseo y una esperanza, los mismos que el Cardenal Rampolla, después de haber leído el Compendio, expresaba a la Superiora General, Madre Teresa



Bartolomé: « Que el ejemplo de Sor María Rosa tenga tantas imitadoras cuantas hijas tiene el Instituto. »

Roma, 23 de marzo de 1977.

Las Editoras



**COMPENDIO DE LA VIDA
DE LA REVERENDA MADRE
SOR MARIA ROSA MOLAS Y VALLVÉ**



PRÓLOGO

1. Dificultad de la empresa.

Muy débil limitado se reconoce el ingenio del hombre cuando pretende hacer la descripción de alguna de las obras de Dios, que con frecuencia hieren con tanta belleza la vista del mortal. Y esta empresa tiene mayor dificultad, y oprime con insoportable fatiga, si ha de recaer en una de esas almas escogidas que presenta de vez en cuando el Omnipotente como fieles siervos suyos, a quienes caracteriza con varias perfecciones de virtud y santidad, para hacer más admirable por ellos su sabiduría y amor; señalándoles además una dilatada carrera de arduas tareas que hacen necesarios magnánimos esfuerzos y perseverante valor; y por los cuales, no sucumbiendo en la lid, es más glorioso su triunfo. Pero cuando una estudiada humildad sabe encubrir las celestiales gracias con que es favorecida una criatura, entonces es indispensable mayor delicadeza aún, para hacer visibles los varios quilates con que Dios enriqueció su alma.

2. "En pleno siglo XIX".

En pleno siglo XIX, egoísta, rastrero y bastardo como el que más (bien que se le decore con galana frase por sus descubrimientos materiales), pues que, mientras deprime las nobles aspiraciones del corazón humano que le elevan al reconocimiento y amor de su Criador, sofoca el fuego en aquél inspirándole una compasión puramente sensible, como si dijéramos irracional, y está gritando protección y vida social: y al paso que por su ceguera se resiste a elevarse más alto que su talla, que es la materia, rechazando la luz celestial que guía los espíritus; entonces la divina Providencia hace ostentación de su poder y misericordia, y presenta una humilde y discreta doncella, que, dirigido su claro entendimiento por aquella mística luz, y con un corazón volcánico de amor y ternura por Dios y la humanidad desgraciada, señala el derrotero a una hueste numerosa de imitadoras, que, como ella, se constituyan víctimas del amor divino y del infeliz, y sean faro luminoso de sana doctrina a la sencilla juventud femenil.

3. "Rasgar el velo de muy tupida humildad".

Llamase Madre sor María Rosa Molas y Vallvé esta modesta y amantísima sierva de Jesucristo redentor del hombre; y a su vida aparentemente sencilla, cual joya de inestimable valor, débesele



rasgar el velo de muy tupida humildad, si se quiere que aparezca con encantador brillo el tesoro de numerosísimas gracias, que sólo se transparentaban en uno que otro acto inevitable, y entonces aparecía cual piedras preciosas engastadas en hermosa corona de virtudes.

El martillo de sus angustias y dilatados tormentos, sufridos con característica modestia, ha herido repetidas veces mi memoria, y llenado mi alma de admiración y estupor hasta el llanto; cuya desatención gravaría sobre mi espíritu más que pesada losa de injusticia e infidelidad a tales llamamientos, *si reservaba ocultos los secretos del Rey celestial, que tan honorífica es su manifestación*, al paso que estos impulsos se hacen siempre más vivos y violentos.

4. "Corazón laureado de penas y divinos favores".

Bien comprendo que mejor inspirada pluma no marchitaría la pulcritud del original; pero tampoco es justo, que por mi rudeza queden desconocidos, y aún para siempre ignorados, ejemplos y estímulos inapreciables; privando a nuestro siglo de admirar un corazón laureado de penas y favores divinos, sacrificado enteramente por Dios y la humanidad infeliz con indecible desprendimiento y dulce complacencia.

5. "Testigo durante veinte y seis años".

Cuantas noticias, actos y circunstancias se consignan en esta obra, son referidos por personas que conocieron a nuestra Sierva, y la trataron en su juventud y estado religioso; otras, de quienes vivían en su compañía; algunas, de oídas al acaso de la misma Madre, sin pensar que le fueran recogidas; y últimamente, como testigo presencial que fui durante veinte y seis años (además de confesor) de sus innegables y múltiples perfecciones, y muy graves penas soportadas con heroico valor y disimulo, sin que se puedan consignar los innumerables desconsuelos que agotaba a la presencia de su amado Jesús, de quien lograba serenidad su atribulado espíritu.

6. Lealtad, exactitud, credibilidad.

Al exponer los hechos y apreciar las circunstancias, protesto con completa espontaneidad de su lealtad y exactitud; y que ante el tribunal de Dios no diría cosa en contrario; apelando además al justo testimonio de las Hermanas de la Congregación, y al de otras personas que trataron a nuestra Sierva con alguna intimidad, y contemplaron sus obras.



Protesto también que pretendo y quiero que no se dé más valor, autoridad y crédito a ninguna palabra ni hecho de esta historia, que el de meramente humano, hasta que pronuncie su fallo la suprema autoridad de la Iglesia católica, a que humildemente la someto.

Ceda todo a honra y gloria de la Trinidad Beatísima, a quien dedico este sencillo trabajo, de la Santísima Madre de la Consolación, afectuoso respeto a su admirable hija Rda. Madre sor María Rosa, próspera y perdurable protección de su Instituto, y estímulo piadoso de las almas, según desea el último de los sacerdotes,

SEBASTIÁN LEÓN TOMÁS.



CAPÍTULO I

ORIGEN, NACIMIENTO E INFANCIA DE LA GRAN SIERVA DE DIOS R. M. SOR MARÍA ROSA MOLAS Y VALLVÉ

1. En la noche del jueves al viernes santo de 1815.

La altísima sabiduría y omnipotencia de Dios no mide, como el mundo, la magnitud de los elementos que constituyen la base de sus maravillosas obras, eternas e indestructibles, testimonios perennes de su omnímoda e irresistible voluntad; ni las imperceptibles semillas de que brotan árboles seculares, y arrebatan la admiración con los delicados y variados matices de sus flores, de cuyos frutos se nutren en el inmenso desierto del mundo millares de hambrientos desagradecidos, y a su sombra recobran aliento y vida estragados viajantes por el abrasador sol de los arenales de esta vida. Al revés del hombre, que excusa la debilidad de su poder y la duda de su éxito, ostentando valor y grandeza de que carece, para presentar luego raquíticas producciones, que no se elevan más que la impotencia de su autor, y ni tienen más consistencia que la que de momento recibieran.

2. Bajo la tutela de tres seráficos y martirizados corazones.

Era el 24 de marzo de 1815, cuando las miras del Todopoderoso se fijaban en la morada de una piadosa familia de la ciudad de Reus, provincia y arzobispado de Tarragona, en España, y eran las doce y media de la noche del jueves al viernes santo, hora señalada por la divina Providencia para enviar al mundo una niña de su especial predilección. No fue cobijada por rico dosel, ni envuelta con finísimas telas en mansión de grandes, sino en la modesta tienda de un artesano, en que se respiraba el balsámico perfume de la piedad, que se mezclaba con los sudores y fatigas del humilde obrero. Fueron sus dichosos padres José Molas y María Vallvé, casada con aquél en segundas nupcias, viviendo honestamente en su profesión de hojalatero; y era nuestra Sierva uno de los dos hijos de este matrimonio, llamándose José el otro hermanito. Con tan precioso don quiso en sus inescrutables designios premiar el cielo la religiosidad de sus padres, y que fuera a la vez el hermoso timbre que debía hacer todavía más grande y permanente la gloria de la ciudad de su cuna.

Muy solemnes fueron los momentos en que vio la primera luz esta afortunada criatura, los cuales recuerdan la manifestación del más grande amor entre los amores, y la más cruel desolación de Jesús,



que sin duda quiso que viniesen a reflejarse muy vivamente en la que hacía mensajera de gran caridad, y fuesen también el preludio de los acerbos y prolongados tormentos de esta niña, escogida por esposa de aflicciones y penas e instrumento de misericordia y de consuelo.

No la dotó el Señor de aquella belleza corporal que halaga la vanidad, pero la escogió, como dice de sí la Esposa de los Cánticos, un tanto sonrosada por el sol, y que después con la vista de su talle impondría respeto y amor, obligando a reconocer que en su tierno corazón había atesorado abundantísimas gracias: *Omnis gloria ab intus*.

3. “Regenerada por las aguas del santo Bautismo”.

Bien pronto ofreció su vida algún síntoma peligroso, como si el infierno, presintiendo el mérito de su futura virtud que debía arrancarle ricos y numerosos despojos, quisiera deshacerse de ella. Por este motivo diéronse prisa sus padres, que preferían para su hija la gracia divina a todos los tesoros de la tierra, de que fuera regenerada por las aguas del santo bautismo, el que recibió el mismo viernes santo, según se cree, mientras Jesús estaba sacramentado en el Monumento. Como si el Señor tuviese especial cuidado que ya desde entonces fuera su porción selecta, la que más tarde le profesaría un amor incondicional, y sería maestra de su cariño, le concedió un corazón tan dilatado, que sin tasa cupiesen en él la hiel de todas las aflicciones, y la variedad de muchas gracias y dones.

Sus padrinos la presentaron al santo bautismo imponiéndole los nombres de Rosa, Francisca y María de los Dolores, quedando así bajo la tutela de tres seráficos y martirizados corazones, cuyos místicos dolores repitiéronse con mucha viveza en el suyo.

El ministro del Altísimo santificó su alma, y los nombres recibidos, como tres indelebles sellos, distinguieron toda su vida esmaltada de aflicciones y trabajos, como íntima amiga de Jesús: *Sicut liliū inter spinas, sic amica mea inter filias*.

4. La bondad del árbol.

La notoria virtud de sus padres era la edificación y el ejemplo de todos; pues la precisión de ganarse el sustento con el sudor de su frente por sus reducidos bienes, no les impedía la asistencia al santa sacrificio de la misa y frecuencia de sacramentos, visitar las iglesias

¹ Calle de San Pedro de Alcántara (vulgo de Padró), casa señalada hoy con el núm. 19.



y acompañar a sus hijos a los oficios parroquiales en los días festivos y a otros actos religiosos: inscribíanse en piadosas asociaciones, y practicaban otras devociones domésticas. Aún hallaba su buen padre algún rato diariamente para hacer tierna corte a su amada Madre la Virgen de los Dolores, de quien era ferviente devoto, siendo llamado por esta costumbre "el hijo de la Dolorosa," y cada año hacía los ejercicios espirituales con los religiosos, renovando así su espíritu de piedad y devoción. Este era el justo artesano, que contaba las horas del trabajo para cobrar su valor; mereciendo por tan laudables motivos el singular aprecio de sus convecinos, y el distinguido afecto con que era honrado con su devota esposa por los religiosos de la localidad. Tan precioso fruto da a conocer claramente la bondad del tronco de que desciende.

5. En los entretenimientos.

Esta criatura que Dios les confió, demandaba asiduos y esmerados cuidados, y les hacía temer, si por su negligencia se hubiera desmerecido en lo más mínimo su mérito. Por ello desde tiernecita competían en su custodia el afecto y cariño paternal, juntamente con la exquisita vigilancia para conservar ilesa su inocencia infantil, teniéndola al efecto constantemente en casa, y dedicaban sus santas enseñanzas a la formación religiosa de su hija y hermanito. Bajo tan piadosa aura se crió nuestra Sierva; y felizmente su corazón pudo saturarse de devotos ejemplos y máximas de virtud.

Para no privarla de los cándidos entretenimientos de la edad, preferían que sus amiguitas entraran a solazarse en un jardincito o patio, que había en el interior de la casa; y allí, a su vista, la tenían defendida del hálito ponzoñoso del mundo. Ya en esta época se consideraban favorecidas las niñas que lograban su amistad y compañía: allí tuvo principio la invariable resolución entre ellas, y que se vio obligada a respetar para complacerlas, de que Dolores (nombre que conservó, sin duda, por la devoción de su padre a la Dolorosa) debía ser siempre su directora en los entretenimientos; y así se la veía en su pequeña reunión repartir los cargos, arreglar departamentos, componer las ropas, ordenar los juegos y demás, con tanta gracia y contento de sus compañeras, que todo su afán era obtener un pequeño don o recuerdo de su discreta y querida moderadora.

De este modo, parece, se adiestraba en los cargos que un día debía cumplir por su vocación, y en las obras a que venía destinada por el cielo.



Aquí se traslució en germen el innato don de gobierno con que venía favorecida por Dios al mundo, el que ampliamente comprobó durante su vida en todos los negocios.

6. En los quehaceres domésticos.

De esta manera fueron deslizándose los primeros años de nuestra Sierva, junto al calor de la devoción, piedad y solicitud de sus padres, y se desarrollaban con vigor las semillas de virtud en su corazón, tan bien dispuesto, que cual tierra virgen rindió abundante fruto para su colono.

Entre tanto, su buena madre, tan devota como hacendosa, la ocupaba en los quehaceres domésticos, relativos a su edad y fuerzas físicas, que su padre alguna vez hallaba excesivos, temiendo que viciaran su desarrollo corporal; pero también puede asegurarse que el trabajo y actividad fueron siempre, entre otras, sus muy acariciadas virtudes, como si en tan tierna edad hubiese declarado guerra sin fin a la pereza y ociosidad.



CAPÍTULO II

SU EDUCACIÓN, COMUNIÓN PRIMERA Y GUERRA QUE LA DECLARÓ EL DEMONIO.

1. Esmerada complacencia en satisfacer a sus profesoras.

Dos señoras muy respetables, a la vez que inteligentes y devotas, fueron las escogidas por los padres de nuestra Sierva para maestras suyas, y eran las que debían continuar a su satisfacción la obra por ellos comenzada; al mismo tiempo que desarrollaban y utilizaban las primicias de su preclaro y vasto ingenio. Fue siempre un notable ejemplo de aplicación y sumisión reverente: tenía esmerada complacencia en satisfacer a sus profesoras: tomaba con grato empeño el acabar pronto la tarea señalada para lograr cierta distinción, como premio de su esmero, que servía a ella de gran estímulo, y tenía oportunidad además de favorecer a sus condiscípulas. Tan jovencita ponía atento cuidado (pues que siempre fue muy lista y sagaz en todo) en las indicaciones, encargos o reprensiones que a las demás iban dirigidas; y por este medio evitaba que alcanzaran a ella, tomando para su provecho, cuanto para las otras era ya una humillación o un castigo.

Las labores más difíciles y enojosas contenían para su intrépido espíritu cierto atractivo, manifestándose partidaria de arduas empresas, sin que la arredrasen ni apurasen su constancia las más laboriosas, hasta lograr el triunfo.

Sus condiscípulas tenían en ella un recurso de alivio, porque en su congoja por las faenas cargaba con gusto el compromiso, y con empeño tal e interés cual si fuera propio; debiendo, no obstante, continuarle las otras el trabajo que la pertenecía: y sin perjuicio de su deber, ni queja de sus padres, salían complacidas y airosas su amigas, reconocidas a su benéfica compañera, en quien brillaba ya una discreción superior a su edad.

2. El mismo pundonor y aplicación en la parte literaria.

El mismo pundonor y aplicación llevaba en la parte literaria, como que, a pesar de la imposibilidad de colocarla en colegio, desearon sus padres que recibiese la mayor instrucción que entonces era costumbre. De ésta se encargó un digno profesor, tan competente como notable por sus ideas morales y religiosas; y bien pronto apreció el alcance del claro entendimiento de su joven discípula, y las dotes estimables de virtud que adornaban a su alma.



Breve, por cierto, fue el plazo que a este objeto señalaron; pero logró poseer los conocimientos que en aquel tiempo adquirirían las jóvenes, si bien no tal vez cuantos podían cooperar a su más ventajosa utilidad; sin embargo, hízose lugar entre las alumnas por su capacidad y singular modestia y pudor, hasta mover entre ellas la emulación, como lo declaró después de su muerte su profesor, quien la tuvo en tan elevada veneración y aprecio, que con interés solicitó un ejemplar de la vida de su antigua discípula, a la que sobrevivió algunos años, habiéndola distinguido, siendo religiosa, con varias muestras de respetuoso afecto.

3. Aumentaba vigorosamente el conocimiento de Dios.

Entre tanto, aumentaba vigorosamente en Dolores el conocimiento de Dios nuestro Señor, y mantenía muy vivo el fuego de su amor, según pretendió con empeño singular recibir en su amoroso y virginal pecho a su querido Jesús sacramentado. Mediaba, sin embargo, la dificultad de los pocos años para conseguir tan suspirado favor, pues en aquel arzobispado se acostumbraba otorgarlo a los doce años, mientras ella contaba sólo diez; mas por esto no se desalentó, como que sabía que su buen párroco concedía esta gracia a las que con su instrucción religiosa suplían aquel defecto, probando su aptitud y buen deseo con la recitación de todo el catecismo, que no es corto, preguntado mutuamente a su presencia. Se aprestó para este acto con otra compañera, y cumplido a satisfacción, quedó admitida al celestial banquete. ¡Qué transportes de alegría experimentó su alma, viendo que se acercaba el feliz momento de recibir al Amado de su corazón, cuando tan a pechos tomó quitar la dificultad, que estorbaba esta real unión!

4. Un inesperado y diabólico percance.

En verdad, muy dichosos debían serle los instantes en que la angélica corte contempla extática la intimidad y unión del Criador con su criatura, a que jamás ha sido elevado el Ángel, ni aún el ardiente Serafín ha podido identificar su amor purísimo con el amor divino; pero vino a enturbiar esta dicha, que tanto anhelaba, un inesperado y diabólico percance. ¡Qué recuerdo más triste y permanente llevó de este día! El demonio, despechado por la fervorosa y entusiasta preparación que la notó, y furioso además por las gracias que iba a lograr, disponiéndola al cumplimiento de la sublime misión del Altísimo, con fiera saña y eterno encono la presentó por aquel motivo reñido combate; y si bien no logró acabar su existencia, con furor satánico turbó tan cruelmente la paz de su corazón, que la dejó sospechosa el alma, y muy inquieta por la grave duda, por permisión



de Dios, de que si no era ya digna de amarle, y - que carecía de la suficiente disposición para recibirle sacramentado. ¿Qué luz celestial irradió su entendimiento, o qué dardo de amor la hirió, que el solo recelo de no ser acepto a Dios su amor, y el temor de carecer de su gracia, la estremecieron de espanto y aflicción, cuyo estado le era más cruel que la misma muerte? Tan profunda herida abrió en su tierno corazón, que la anegó en un mar de angustias y escrúpulos de muerte para toda su vida: y si como a otro Job respetó su existencia temporal, heroicos y constantes esfuerzos tuvo que hacer para mantener la esperanza y el afectuoso cariño de su espíritu. Tal fue el lastimero espectáculo de Francisco de Sales, Teresa de Jesús y Magdalena de Pazzis, repetido en esta niña por el interminable plazo de cincuenta y un años. ¡Pobre jovencita!, más feliz mil veces, que fuiste hallada fuerte y valerosa, cual adolescente David, para alcanzar en mortales angustias tan insignes victorias.

5. El principio de sus intensas y frecuentes desolaciones

No fue otro el principio de sus intensas y frecuentes desolaciones; y que a no haber sido fortalecida por la gracia, luego habría minado su robusta salud, y acabado su vida. Con todo, este venenoso cuchillo siguió lastimando su corazón, afligido después con otras varias penas que el Señor la deparó, y que acabaron su preciosa existencia.

Fácilmente comprenderán las almas purificadas en tan riguroso crisol, los violentos esfuerzos inevitables para soportar tan acerbas penas, y aún más una niña; si no es que por ellos hermosearía sus virtudes, y tan parecida la harían al afligido Redentor sus continuas amarguras.

6. En señal de perpetua y predilecta devoción a la Virgen.

Su piadoso padre, que rebosaba de cristiana alegría por el sublime acto que había realizado su hija, desconocía la infernal y titánica batalla que había sufrido en el secreto de su corazón: de modo que sólo pensaba cómo sellarlo con precioso recuerdo; y para remate de fiesta, y en prueba de devoto y paternal cariño, no halló otro más oportuno que inscribirla en una cofradía de la Santísima Virgen. Como prenda conmemorativa de todo, le entregó aquél una corona o cuentas del rosario, y el que, cual precioso don, conservó nuestra Dolores toda su vida, en señal de perpetua y predilecta devoción a la Virgen Santísima; y que dice mucho de la exquisita



vigilancia que la caracterizó en su espíritu de perfectísima pobreza, el no haberla perdido en tantos años.

7. Consagrarse al socorro y consuelo del necesitado.

Desde aquel día se contó nuestra Sierva en el honroso número de los comensales del celestial banquete, y a él se acercó cuantas veces se lo permitía su director espiritual. En estos y en otros actos religiosos en que iba con su hermanito, la acompañaba su padre o madre; y mientras iba soplando más impetuoso el aire que excitaba la llama de su fervor, y con los años creció igualmente el deseo de abandonar el mundo, y consagrarse, completamente al Señor, al socorro y consuelo del necesitado; idea que sabía muy cautamente disimular, con lo que evitaba la vanidad y declinaba las contrariedades domésticas, al paso que iba discurriendo la oportunidad y medios prudentes de realizarla; en lo cual transcurrieron algunos años, los que vivió sumisa y reverente a la obediencia paternal, ocupándose en las faenas domésticas, que alternaba con las prácticas devotas y lecturas piadosas. Su corazón, nacido para alivio del indigente, le fue ocasión de hacerle sufrir una reprensión o aviso de sus padres; pues compadecida de la miseria de una pobre, la socorría ocultamente de lo de casa; limosna que dejó de hacer en el instante que supo no era del agrado de sus superiores, y que por lo mismo disgustaría a Dios, que es lo que más sentía.



CAPÍTULO III

VOCACIÓN RELIGIOSA, CONTRADICCIÓN DECISIVA DE SU PADRE, QUE NO LA DESALENTÓ, Y EJEMPLOS DE PIEDAD.

1. Hermoso ideal que la hacía dichosa

Los hervores del ardiente corazón de nuestra Sierva, y las altas aspiraciones de su alma llamada a gran perfección, no eran posible contenerse en los estrechos límites de su interior, e hicieronle descubrir los dobleces del adorado secreto, con que reservaba sus más trascendentales proyectos. Había llegado a los diez y seis años, edad suficiente para ejecutar los santos deseos que bullían en su espíritu; y la partida de otras jóvenes, que iban a ingresar a un Instituto religioso, agitó más todavía su resolución de abandonar el siglo, y consagrarse en un todo al, amor de Dios y de sus prójimos, hermoso ideal que la hacía dichosa, y en donde con más expansivo desahogo podría dar salida a los caritativos sentimientos y al fuego que comprimía en su interior, reservado enteramente a Jesucristo: decisión que le era inevitable cumplir desde luego, si tuviera la dicha de obtener la conformidad paternal.

2. Una contestación tan seria y absoluta como definitiva.

A este efecto, resuelve cierto día presentarse a su padre, que se creía muy feliz y tranquilo dueño de su hija; y con respetuosas y medidas frases le declaró su voluntad y resolución de hacerse religiosa de la caridad, a que se sentía vivamente llamada, y para ello impetraba entonces su beneplácito; pudiendo de este modo hacer más meritorio y laudable el sacrificio perfecto de su persona, consagrándose al Altísimo y al consuelo del miserable. Lejos estaba de presumir qué tal proposición causara tan extraña sorpresa al que era testigo de su vida, y el que tan a fondo podía saber las disposiciones de su hija y su formal gravedad. Mas lo cierto es que, bien porque considerase excesivas y expuestas las tareas de la caridad para ella por su edad, según que el mundo es hábil confeccionador de calumnias para cuanto sabe a servicio de Cristo; bien porque era hija única de la que se habría formado alguna esperanza; o bien por el exquisito esmero con que la había educado, y la delicadeza y acierto con que desempeñaba el régimen doméstico, le dio una contestación tan seria y absoluta como definitiva; con que no sólo la negó de pronto su consentimiento, sino que además la vedó de renovar jamás, mientras él viviese, semejante petición.



3. El Señor es quien gobierna todas las cosas.

Atendido el carácter decisivo de su padre, fácil es comprender la explosión de disgusto que debía hacer en su alma tal contrariedad, que debía colmarla del mayor sentimiento ver defraudado su generoso deseo de abandonarlo todo por Dios para mejor servirle, y más todavía le fuera acerbo, privarla de repetir de ninguna manera su ruego durante la vida de su padre. Por más desesperada que se le presentó su situación, ¿se creará que nuestra Sierva se abandonó a un llanto inquieto y alarmador, o que se revolvió irrespetuosa contra quien debía apoyarla, o que por el contrario desistió de su vocación por no lograr entonces su intento? Su discreción era de superior talla a su edad para desahogarse en dicterios y atrevimientos contra el que así obró por permisión divina, y tal vez para mejor probar la realidad de su decisión. Lejos de desanimarse por esta adversidad, se confirmó más en su vocación. Su eminente criterio midió el alcance de este contratiempo, y entendió que el Señor es quien gobierna todas las cosas, y dispone los acontecimientos de las criaturas en sus adversidades; y por ahí acrecentó su mérito, resignándose con humildad a la voluntad de su padre y a la permisión celestial, que así probaba su constancia, encaminándola por este medio a la realización de sus impenetrables designios, como se verá.

4. Impertérrita en el mismo género de vida.

Por tanto, si antes se la veía diligente y hacendosa en las ocupaciones domésticas, previsora y económica la vieron después en cuanto la pertenecía; y que no se enfrió el respeto y afecto a sus padres e intereses, y con la misma actividad en cuanto vino después ordenándole la obediencia; en una palabra, su espíritu era de tal temple, que se levantaba superior y tranquilo en todos los accidentes, sin dejar la huella de queja, ni resentimiento, ni cobardía.

Impertérrita fue siguiendo el mismo género de vida que antes en la piedad y amor al retiro, como en la sujeción y afecto al trabajo; obsequiosa y complaciente con sus padres, y tanto, que se creyó otra vez árbitro pacífico de la voluntad de su hija para siempre, como que bajo ningún concepto ni forma le gustaba sor extremada, ni llamar la atención de nadie. Pero entre tanto, cual astuto y hábil cazador, que con sigilosa combinación espera el oportuno momento de asegurar la presa, estudiaba y suspiraba por el instante feliz de alcanzar la dicha de corresponder al llamamiento que desde el cielo le hacía el Esposo; y era lo que absorbía completamente su afectuosa atención.



5. "¡Vamos, Dolorcitas, voy de prisa!".

Sensible, con todo, y en gran manera, le fue el haber de dejar transcurrir algunos años permaneciendo aún en el siglo, los que consideraba podía bien utilizar en la religión. Así se esmeró en sacar el mejor partido posible, aprovechando los momentos, según el consejo del Espíritu Santo, de modo que si le era forzoso salir de casa, se la veía diligente, sin que por ello dejara de ser siempre atenta y amable con sus amigas y conocidas; y con frases breves, pero afables y edificantes, llenaba cumplidamente las urbanas atenciones con todos, en lo que fue muy mirada, evitando faltar a sus deberes, y dar motivo, ni aun leve, de queja a sus mayores.

Muy grato y oportuno es recordar aquí lo referido por una de sus antiguas conocidas, a quien hallaba algunas veces antes de ser religiosa, y le decía expresiones cortas, sí, porque no acostumbrada malgastar el tiempo; pero con tal unción y afecto, que la animaban y consolaban mucho, pues era ésta también doncella devota, y tomándola cariñosamente de las manos, le decía: "Vamos, Dolorcitas (tenía este nombre también), voy de prisa; " y con algunas frases piadosas la dejaba muy contenta y animada, añadiéndola: "Vamos, que hemos de ir a fundar." ¿Quién había de imaginar que esta jovencita, después de cincuenta años había de ingresar en el Instituto fundado por nuestra Sierva con otras cuatro compañeras suyas, que prestaban sus servicios caritativos en el hospital de Tarragona? ¡Con qué piedad y satisfacción hizo esta fervorosa anciana, a los setenta años de edad, su profesión religiosa, y cual humilde novicia permaneció arrodillada cinco horas en la capilla de la casa matriz, que parecía renovar la devota presencia de su antigua conocida, y entonces ya su Madre Fundadora!

6. Permanecía en la iglesia arrodillada.

Los años, para ella excesivamente dilatados, habían ido pasando, durante los cuales apenas pudo evitar la vista de su padre para ir velozmente al hospital, y ejercitarse en las obras de caridad, que debía después practicar por profesión. Esta devota y piadosa joven permanecía en la iglesia arrodillada cerca del sacerdote, en lo que saciaba mejor su devoción, y estaba más recogida en la santa misa; sin pensar siquiera que llamase la atención de nadie, edificando con su reverente actitud, que un día se echó de menos, cuando creyó que había llegado el momento definitivo de cumplir la voluntad de Dios antes que la de su padre, y abandonó el siglo.



CAPÍTULO IV

MAYORÍA DE SU EDAD, EN QUE DEJÓ LA CASA PATERNA, Y SE ENCAMINÓ A UNA HERMANDAD DE CARIDAD PARA CONSAGRARSE A DIOS.

1. "Resolvió dejar sigilosamente la casa paterna".

En tan prolongado tiempo había llamado el Señor a sí a la piadosa madre de nuestra Sierva, con el consuelo de haberla visto asistida espiritualmente en sus últimos momentos por los religiosos conocidos de la casa, y a quienes unían vínculos de hermandad espiritual y de gratitud. Tan sensible pérdida lo sería para ella doblemente; porque, al parecer, venía a levantar un nuevo obstáculo a la realización de sus intentos, por el motivo de quedar solo su padre; pero aquella muerte fue tal vez para ella un motivo de impulsarla, y no dilatar más su permanencia en el mundo. Bien meditado que su padre podía pasarse sin su compañía por la edad, salud e intereses en que le dejaba; consultado, como era procedente, su director espiritual para negocio de tanta trascendencia, y por el que debe posponerse el querer de los que a ello se oponen, según expresa sentencia de Jesucristo, sintiose más firmemente animosa y resuelta a abandonarlo todo, dueña como era ya de sí misma por haber llegado a la mayoría de edad. Sin intentar dar, disgusto alguno a su respetado y venerado padre, resolvió dejar sigilosamente la casa paterna: y, cual herida cierva, se dirigió sin detenerse a las fuentes de agua espiritual, en donde podría apagar la ardiente sed que la consumía, al hospital de la misma ciudad, en que una Hermandad, consagrada al servicio de los pobres enfermos, servía a Dios con el espíritu de fervorosas religiosas. Era el recurso único que por sus especiales circunstancias tenía nuestra Sierva, y que sería el elegido por la divina Providencia para cumplir en ella sus supremos y desconocidos designios, según se vio después.

2. "Su fragante aroma trascendía a la ciudad".

Ya pudo abrir sus puertas de par en par el santo asilo, y con entusiasta regocijo recibir en su seno el tesoro precioso con que le favoreció el cielo en este día. ¡Dichoso albergue, que fuiste agraciado con tan valiosa joya! Presto sintió las influencias de la nueva moradora, cuyos santos ejemplos y hermosos rasgos de características virtudes estimularon el fervor y celo de las demás; y su fragante aroma trascendía a la ciudad, y eran el tema obligado de las conversaciones de respetables sacerdotes y seglares los dotes de



gracia y naturaleza de nuestra Sierva, y que aseguraban no reconocer iguales en esta época. Mas los que con mayor motivo se alegraron fueron los enfermos y pobres desvalidos, a quienes deparó el cielo una tierna y solícita madre, que endulzaría sus penas, aliviaría sus dolencias y enjugaría sus lágrimas; y con el bálsamo de su tierna palabra hizo llevadera la más desesperada situación. ¡Felices las casas en que puso el pie este ángel de paz y de amor, que iba resuelta a sacrificar la vida, y ofrecer su existencia por Dios y por sus pobres! La Casa de Caridad estaba en aquella época servida también por la misma Hermandad en que había ingresado nuestra Sierva.

Para tranquilizar el ánimo de su padre por tan inesperado lance, y a fin de evitarle nuevas molestias, se apresuraron a darle aviso de la presencia de su hija en aquella morada; y entendiéndolo sin duda lo formal y concienzudo de la resolución que allí la había llevado, y el derecho que la asistía, no se empeñó en querer recuperar a la que a juicio del mundo había empeorado su estado y perjudicado sus intereses, al paso que para su alma fue un superior beneficio dejarla cumplir la vocación, a que fue llamada y destinada por Dios.

3. Con el nombre de Sor María Rosa.

El día 6 de enero del 1841, festividad de la adoración de los Santos Reyes, dio el gigantesco paso con que principió la nueva carrera, dejando secretamente el hogar doméstico; y el día inmediato siguiente fue dichosísimo para su corazón, pues que despojándose de los vestidos seculares, viose revestida del hábito de la Hermandad: y sí bien el acto se hizo sin aparato de solemnidad, se consideró más feliz o agraciada, que princesa adornada de ricas y deslumbrantes galas de desposorio. Desde este día, en que se la designó con el nombre de sor ,María Rosa, se consideró obligada a levantar el vuelo a nuevas regiones de virtud; y el hábito santo era la prenda que la recordaba los vínculos de sacrificio y gratitud, debiéndose considerar más viajante para el cielo, que habitante en la tierra. El aprecio y afecto que cariñosamente profesaron a nuestra novicia, dicen la satisfacción con que fue recibida, y la ganancia que reportaron las hermanas, los pobres y también los pueblos, que más tarde vieron cuánto puede, y más vale, una doncella vivificada por la fe y caridad cristianas, engalanada con preciosas virtudes, labradas con el cincel de la religión; que es más fecunda en utilidad para el pueblo, que suave lluvia para los áridos campos.



4. "Rastrear algo de sus fervorosas huellas".

Ahora es preciso reconocer cuán difícil se hizo seguir los pasos, enumerar las acciones, y aquilatar los méritos en quien la grandeza de alma, la generosidad de su corazón y la ternura del sentimiento contendían con la viveza de genio, la astucia y profunda humildad para excusar cuanto podía, si le era imposible ocultar completamente, sus obras; de forma, que sólo una persistente y esmerada vigilancia podía rastrear algo sus fervorosas huellas. ¡Buen modelo tenían en ella los espíritus inquietos y vanos, que no alcanzaban fuesen pregonados sus imperfectos trabajos!

Por la causa dicha, y por muchas y sorprendentes cosas que se referirán de su vida religiosa, es cierto que quedaron reservados a Dios únicamente numerosísimos trabajos y gravísimas tribulaciones; pues se vio que, como Jesús en el Getsemaní, gustaba de tener sólo por testigo al Señor, que sabía es fiel y justo apreciador y remunerador abundante del alma, que no mendiga aplausos y recompensas de las criaturas, que, a la par que falsos, quitan el verdadero mérito.



CAPÍTULO V

PROFESIÓN RELIGIOSA, NUMEROSOS TRABAJOS EN VARIOS CARGOS QUE DESEMPEÑÓ, Y SU PERFECCIÓN EN EL NUEVO ESTADO.

1. "No era de las que esperaba el día de mañana".

La reverente obediencia y sumisión que estando en casa había observado con obsequioso afecto con sus padres, en el estado religioso tornó aún más decidido empuje, mayor perfección y brillo; por cuanto, además de la veneración que le merecían los que mandan, considerándolos como delegados de Dios, estaba después cierta, que cuanto se le ordenaba tendía a complacer al Señor de un modo singular, como procedente de quien por deber busca la santidad que era sus aspiraciones de siempre; y más después de su consagración a Dios por la emisión de los santos votos.

No era de las que esperaba el día de mañana para hacer el bien, pues que un instante sabía que importa una eternidad; y desde que comenzó el noviciado seguía con creciente ardor y resolución la virtud, como si estuviera en el término de su vida, haciendo días llenos, los que para otras se pasan como en expectación de nuevas tareas. Las hermanas la miraban por sus condiciones particulares como práctica y bien aprovechada profesora, y no como inexperta novicia.

2. "Llevaba el alma en la palma de la mano".

Pasado el año de prueba de costumbre, le fue concedido gustosamente el beneplácito para la profesión religiosa por sus superiores, la que verificó con sencillez y modestia de siempre; pero que para nuestra Sierva revistió la más grande de las solemnidades, y su corazón sintió el fuerte deseo de romper los vínculos de las imperfecciones, y de cuanto pudiese oponerse a remontar su vuelo a los místicos espacios, y unirse a su Amado con toda efusión; si bien por la obediencia quedaba sujeta al arbitrio de sus superiores, que no pondrían inconveniente a aquella resolución, y para quienes puede afirmarse que había renunciado su propio querer, como vino ocasión de decir a un superior, que no hallaría quien le fuera más sencilla, y que verdaderamente en tales casos llevaba el alma en la palma de la mano; probando así la sólida confianza que le merecía la autoridad de la obediencia.



3. "Decía mucho su elevada y respetuosa apostura".

Desde entonces su pensamiento fue entrar de lleno, y con el único objetivo, en el dilatado cuanto variado campo de la santidad, de complacer a Dios en todo y beneficiar a sus prójimos desgraciados, si bien para conseguirlo fuese preciso sacrificar su propia vida. Sus superiores atinaron luego la rica mina que a su presencia se explotaba, y de quien decía mucho su elevada y respetuosa apostura; su mirada penetrante y dominadora, que infundía recogimiento y veneración; su gesto grave y desembarazado, y su voz mesurada y palabra sentenciosa, que a la vez poseía el secreto de ganar corazones por su discreción, e influía poderosamente en los más prevenidos, verificándose en ella la frase de san Ambrosio: *Que la buena casa desde el zaguán se conoce*.

Cerciorada ya de sus nuevos deberes, pesó las circunstancias que la rodeaban, y con ánimo resuelto se lanzó al combate del sacrificio de su voluntad y de su existencia, en cambio de la brillante corona y recompensa inmortal que como vencedor obtiene el que sucumbe en la lid.

4. "Como arsenal bien provisto de armas".

Entre tanto los superiores contemplaban la grandeza de alma y sabio proceder de la nueva profesita; y tan sublimes dotes fueron sin duda la inequívoca base que les significaba en ella un valioso auxiliar, de modo que no les arredraba ni la escasez de hermanas, ni la deficiencia de unas y las dificultades de otras; las que se multiplican en la ejecución de lo que tiene el carácter de levantado y digno, y aun más se reproducen si lleva el sello de santidad. Embelesaba el aire despejado, que juntamente con la modestia, llevaba en el trabajo, como si nada bastara a dificultar su empuje y saciar su afán de bien obrar. Por esta razón contemplaban en sor María Rosa como un arsenal bien provisto de armas de toda clase y temple y mejor potencia,, de que libremente y a placer podían elegir si deseaban quedar airoso, ora en trabajos difíciles y largos, ora en empleos de compromiso, y no menos que en los más humildes y abyectos, porque era instrumento que no resistía, aún cuando no le faltaron ocasiones en que tuvo que hacerse fuerte violencia para vencer la náusea que alguno le causaba, y era el que de frente y primero acometía para vencer la repugnancia natural. No había vacío que su caridad no llenase; y ésta la hacía reproducirse en varios cargos a la vez, y con especial satisfacción se constituía auxiliar de cuantos lo necesitaban y no repugnaba a la obediencia.



5. "Todas las virtudes competían a prestar encanto a sus acciones".

Apenas se podrían señalar entre las virtudes que practicaba, cuál era la más saliente fuera de la caridad, pues todas competían a prestar encanto a sus acciones: la humildad y la paciencia, la mansedumbre y obediencia, la generosidad y fortaleza, la discreción y pureza, el silencio y recogimiento, el temor y amor divino; ¿qué más? mortificación y penitencia y cuanto embellece a una alma justa formaba el cariño de nuestra Sierva; y sin peligro de temeridad puede decirse, como del gran Francisco de Sales, que en ella todo fue grande, pues se vio que hasta los actos más sencillos revestían este carácter y reflejaban la pulcritud de su espíritu, graciosamente sombreado por la humildad tan profunda como disimulada.

6. "Tropezar de vez en cuando".

Por esto no ha de suponerse que su vida estuviese exenta de todo defecto, y no tuviese también que deplorar sus faltillas, como los demás justos, de las que ha hecho excepción el Señor en muy contadas y elevadísimas criaturas; y como además estaba dotada de claro entendimiento y de genio tan vivo y emprendedor, aunque no menos reflexivo, en relación con tantos y tan distintos genios en su larga carrera, difíciles y pesados cargos, forzoso le fue tropezar de vez en cuando y sentir la fragilidad humana, que el Señor permite para que no se gloríe en su presencia toda carne, y de lo cual ahora y después se purificaba con humildad y amargas lágrimas en la confesión, mientras las espinas de los escrúpulos seguían lacerando su espíritu y ejercitaban su paciencia y resignación.

7. "En todo miró la disposición divina".

Siempre fue exacta y fervorosa en el cumplimiento de las santas reglas, no sólo de las esenciales, sí que también de las más minuciosas, cuya puntualidad formaba su placer y especial esmero, y hasta las indicaciones de los superiores éranle como formales preceptos, cuidando de anticiparse a sus inclinaciones, si de algún modo podía atinarlas. Sus mismas hermanas podían contarla a su disposición, si los encargos no repugnaban a su particular deber o disposición superior, porque su complacencia era favorecerlas en todo tiempo.

Fundada en que tenía consagrado su corazón al Señor, con lo cual cumplía la voluntad de quien la había llamado, todos los destinos, ocupaciones y obras eran iguales e importantes a su



entender, como que nada hay bajo, decía, en la casa de Dios; y de aquí la santa indiferencia para todo, el mérito que de todo sacaba, y la paz que tan acertado pensar facilitaba a su alma. En todo miró la disposición divina, y esta fue la clave por la que, si activa y fervorosa fue para los actos religiosos de santa misa, oración, comunión, rezos, lectura y devociones, que satisfacían sus piadosos afectos, y en que fue vivo ejemplo y despertador para la comunidad; no menos diligencia y satisfacción disfrutaba en las fatigas y trabajos manuales, y en el servicio de los pobres y de las hermanas; pero si alguna preferencia tenía, era para elegir lo más repugnante y molesto, principio que retuvo e inculcaba después a sus súbditas, pues si en lo primero trataba inmediatamente con Dios, en lo demás negociaba los intereses del mismo, y de todo reportaba su mérito, que era más crecido cuanto el desprendimiento era más generoso y lo practicaba con mayor contento.

8. "Un tanto de emulación contra ella".

Por lo mismo, no es fácil atinar en que debió hacer gran sacrificio en orden a la obediencia, como que en todas los cargos se le vio contenta y oficiosa, y no se supo si era este a aquel empleo el de su particular afición, viéndola igualmente complacida si se le señalaba un nuevo destino, aunque fuera más humillante. Este porte sorprendía agradablemente a los superiores, interesaba con viveza a sus compañeras, excitando la cariñosa distinción de aquéllos, corroborada con su confianza y predilección. Por esta causa la consideraban sus hermanas especialmente favorecida de aquéllos, como lo fue de Jesús el apóstol Juan; y apoyadas en lo mismo, a ella se dirigían creyendo que sería concedora de alguna especial noticia o nueva disposición, por considerarla secretaria, por su natural reservado, de nuevos proyectos u órdenes. Por ahí levantó el enemigo un tanto de emulación contra ella, porque la puntualidad en ser la primera, o a lo menos entre las primeras, en los actos de comunidad, que no se lo impedían por su combinación los varios cargos y ocupaciones que para las demás, cuando menos, eran motivo de retardarla, eran para ella un impulso de mayor observancia, y todo esto hería la susceptibilidad de las demás, que la consideraban como muda reprensión de su indolencia, y como severa censura de ciertas faltillas que disipaba la sola presencia de nuestra Sierva, y esto, aunque fuese de lejos, sin que se atreviese a reprender a ninguna. ¡Tanta influencia tenía su ejemplo en la observancia!



9. "Pronta a llenar los compromisos".

Al través de este ligero estímulo y emulación la profesaban singular cariño y aprecio, pues que su franca caridad fue para todas incondicional y sin límites. Sor María Rosa estaba pronta a llenar los compromisos de día y de noche en especialidad. ¡Qué edificante y hermoso era durante las noches de vela, además de la asistencia y esmerado cuidado de los enfermos, de los ratos de oración y varias otras devociones, verla discurrir con tanto sigilo por las dependencias de la casa, y con grato placer cumplir cuantos encargos le confiaban las hermanas, y mientras éstas apenas hallaban tiempo para las más precisas obligaciones, tenía sobrado tiempo para sí y para favorecer a las demás con su diligencia, pues parecía que se le prolongaba la noche (como el día a Josué), con que saciaba su afán de beneficencia y caridad, sin ir después a acostarse sin expreso mandato.

10. "Gracia especialísima del cielo".

Hizo más atractivos y gratos estos obsequios el afecto y dulce afabilidad de su trato, y la constante igualdad de su ánimo: teniendo su rostro siempre grato cual embelesante luna, que majestuosa y tranquila recorre su nocturna carrera, sin interceptar su marcha los furiosos vendavales, ni empañarla los crímenes de los malvados. A todas horas y en todas las circunstancias acogió su corazón la inquietud, la pena y la amargura del prójimo, y para las hermanas fue pacífica consejera de confianza y caridad. Esta, que fue una gracia especialísima del cielo, no la desmintió en su dilatada y accidentada vida por tantas y tan serias vicisitudes, que cruzó la que entonces contemplaban como el Benjamín entre ellas.



CAPÍTULO VI

SU TIERNA CARIDAD Y SOLICITUD CON LOS ENFERMOS Y POBRES, Y SUS SUFRIMIENTOS EN ALGUNAS ENFERMEDADES.

1. "Esta noche sí que estaremos bien".

Quien experimentó las ternuras de la caridad de nuestra Sierva de la manera más afectuosa, fue el afligido enfermo. Las miradas de éste la descifraban cual solícita e incansable madre en su delicada asistencia y limpieza esmerada, y con su palabra hacía dulces las amarguras, consolaba su llanto, suavizaba sus dolores, animábales a soportarlos resignados con la esperanza del cielo; e invencible en sus necesidades y rarezas, las sufría alegremente, como efecto de la ancianidad o hijas de los agudos dolores y tristezas de la desgracia. Ocasión hubo en que toleró con dulce mansedumbre que le echasen al rostro los alimentos que con tanto afecto les llevaba, y que el mal genio o descontento de algún enfermo, que nunca faltan en estos asilos, cambiaba en ingratitude, y con su heroica paciencia disimulaba la injuria con que en su furor le regalaban. Tenían muy estudiado y combinado éstos el turno de las velas, y cuando correspondía a nuestra Sierva, anunciábanla entre ellos con frases de contento y alegría, diciendo: « Esta noche sí que estaremos bien », pero no es que pudiera regalarles exquisitos manjares o diferentes que las demás hermanas, no: lo que sí era que los prevenía con cuidado y acierto; era exacta en su asistencia, que acompañaba con cariñosa paciencia, y de este modo sabía evitar las quejas y murmuraciones, y les dejaba contentos y agradecidos por su compasión; y cuando no tenía ropas y alimentos para socorrerlos, los complacía con palabras de suavidad.

2. "Sus atenciones en la Casa de Caridad".

La perfecta renuncia de su querer y la sumisión con que veneraba la santa obediencia, realizaba aún más las ya notables perfecciones de su virtud, que no pasaban desapercibidas de sus superiores, en quien fijaron su atención y se certificaron del mucho mérito que tenía, la que cifraba su contento en complacerles en cualquier empleo a que fuese destinada.

La frecuencia con que enfermaban algunas hermanas, y la deficiencia de otras, hizo sentir la escasez de personal para llenar las atenciones de la Casa de Caridad, cuando fue enviada allí nuestra Sierva, y aquí es en donde dejó grato recuerdo de su sacrificio y



amor a los pobrecitos, sin contradecir la solicitud y excelente cuidado que había tenido a sus amados enfermos del hospital. Los ancianos y huerfanitos experimentaron luego la ingeniosa y pródiga protectora, que con su habitual prudencia e industria impidió que se apercibiesen de la cobardía o fragilidad de muchas, a quienes arredraba lo malsano de la Casa o temperatura, y de otras que retrocedían por la pesada carga de mayores fatigas, que a consecuencia de aquel motivo se hacía más difícil y molesta para las perseverantes. No debía temerse: asistió al desnudo y hambriento, todos recibieron alivio y consuelo; porque si bien las labores constituían un capítulo de ingreso para mantenerse el establecimiento, que muchos se negaban a pagar, con su paciencia e industria lograba la justa retribución, aunque apelaran a los dicitos, injurias y malas palabras. Sor María Rosa se presentaba con la frente levantada y apacible rostro, y sufría cuantos denuestos se ofrecieron, en cambio de obtener la paga de los trabajos hechos, y lo que las demás rehuían acobardadas, con su mansedumbre y digna amabilidad se retiraba contenta con sus cuartitos para los pobres.

3. "Dio mucha satisfacción a la superiora".

Las frecuentes enfermedades y circunstancias ya dichas, hicieron preciso que llenase el vacío de sus compañeras, para lo que debió cargar juntamente con los destinos de enfermera, cocinera. "maestra y portera; de tal modo que hubo de repartir y ordenar sus ocupaciones diversas para auxiliarse, utilizando en algo los cortos alcances de los albergados, para serle posible cumplir además con los actos religiosos, de los que sirve de excusa el más ligero estorbo, como sucedió en cierta ocasión, que la dificultad que alegaba alguna de cumplir puntualmente las reglas, puesta nuestra Sierva en él supo combinarlo que no faltó a la observancia, con que dio mucha satisfacción a la superiora, y esta exactitud apoyó los mandatos posteriores de ésta con que urgía a su cumplimiento a las hermanas.

4. "Como ángel de alegría y buen consejo en el colegio de señoritas".

Los actos, pasos y fervorosa observancia de sor María Rosa llenaron de santa emoción y respeto los asilos de los enfermos y huérfanos, para cuyo amparo y alivio la envió Dios al mundo, y lo que allí realizó con acierto y delicadeza, transportada en alas de la misma caridad, penetró como ángel de alegría y buen consejo en el colegio de señoritas, a donde la destinó la superiora. En breve fue reconocida por la respetuosa amistad de las alumnas, y la madurez, prudencia y



formalidad de su carácter hicieron depositar con entera expansión y confianza el cariño a discreción en la nueva hermana; de forma, que de ella puede decirse, que como preciosa perla era codiciada luego de conocido su mérito. Únicamente su corazón se mantenía indiferente para mejor unirse con Dios.

5. "El Señor ejercitó su paciencia".

Tan laudables como variables oficios, que no pocas veces desempeñaba por dos y tres hermanas, absorbíanle los años, que le pesaban rápidamente como embebida en grata afición. Entre tanto el Señor ejercitó su paciencia visitándola con frecuentes y recios ataques de jaqueca, enfermedad antigua para ella, y es la que sinceramente manifestó a la superiora, por si era óbice a su ingreso, la cual le producía agudísimos dolores de cabeza y otras incomodidades, que la privaban de proseguir los trabajos; pero todos estos dolores y sufrimientos no quebrantaron su conformidad y complacencia en recibir los regalos de su Amado.

Porque, en efecto, lo que experimentó más riguroso y difícil que todas las penas, humillaciones y males físicos, era la ansiedad, las tribulaciones interiores y la desolación espiritual en que la tenía Dios, por la desesperada lucha que venía haciéndola desde pequeña el demonio, y éste era el proceloso mar en que se agitaba su corazón, que la afligía y espantaba más horriblemente que la misma muerte, sospechándose indigna de amar a su Dios, por quien se desvivía y sacrificaba.

6. "Mantuvo siempre su rostro alegre sin dar importancia al mal".

Por esta razón le parecieron leves los males físicos, ni tampoco les daba importancia alguna, como le aconteció hallándose en el hospital con un violento panadizo que le amaneció en el pulgar de la mano derecha y la mortificaba bastante, y como se apercibiesen de ello sus superiores, mandáronle poner el dedo dentro de un huevo cocido, como remedio eficaz y casero para este mal; los dolores aumentaron como síntoma de mayor gravedad, y en estos días ni solicitó ni la exoneraron de barrer y trabajar como las demás, a pesar del mal y de la incomodidad del remedio. Pasáronse así algunos días, y como no diese cuenta de su curación, hiciéronla manifestar el mal, y con sorpresa vieron que se consumía el dedo en vez de la medicina, echando muy mal olor y haciéndose precisa una fuerte incisión, si se quería evitar el cortárselo. Lejos de demostrar descontento por esto,



mantuvo siempre su rostro alegre sin dar importancia al mal, ni señales de resentimiento contra nadie.

En medicación fue muy parca, así que, en incisiones y demás ocurrencias sencillas, aun siendo fundadora y superiora general, todo su vendaje y medicamento era un papelito de estraza, atado con un hilo, pues era enemiga de aparatos.

7. "El Señor la requería más pruebas de amor".

De esta forma seguía labrando y puliendo a su amada el Esposo de la cruz, a lo que correspondía con voluntarios ayunos y otras penitencias, que recababa de su director, concedor de su excelente espíritu. La variedad de sufrimientos morales, las mortificaciones y el asiduo trabajo llegaron a afectarla de un modo notable, que se le vio desaparecer su lozanía y robustez física, quedando tan delgada y desconocida, que hacía temer por su salud. Entonces padeció también una fuerte y rebelde disentería, que la trabajó más de un año, no se sabe si ocasionada por las aflicciones de espíritu o porque el Señor la requería más pruebas de amor. Lo cierto es, que días y noches estuvo en movimiento, debiendo mandarle el director que dejase las mortificaciones voluntarias, que no serían leves, cuando quejándose en su ancianidad de no poder cumplir por enferma con los ayunos obligatorios y otros actos, que le parecía ser tibieza, decía con sentida amargura: « ¡Qué se han hecho mis antiguas mortificaciones! » y las lágrimas indemnizaban su actual privación.

Se comprendía el empeño que acarició constantemente de padecer en oculto (recurso que tanto molesta a la vanidad y miseria humana, ávida de compasión y alabanzas), viéndola poner tan exquisita vigilancia para que nadie se apercibiera de que fuese ella la que en esta temporada discurría durante la noche en tan molesto padecimiento; unas veces de puntillas, otras embozada con el cubrecama, ahora por un lado y después por otro, confundía a los demás, y todo era preguntarse por la que pasaba tan malas noches; y así, con sus mañas, conservaba entero el mérito de la indisposición, que se pierde por una falsa compasión.

8. "Una buena y relevante nota de su sublime espíritu".

Lo hasta aquí referido revela suficientemente una buena y relevante nota de su sublime espíritu, al que no imponían peligros ni dificultades bien meditadas, fuera de lo que disgustaba a Dios; y ni la pérdida de la misma vida alarmaba su generosa alma, y sin embargo



que puede considerarse como solo bosquejo de cuanto en su restante vida estaba destinada a cumplir, aunque fuera con el sacrificio de la paz de su alma, de su salud y de su propia vida.

9. "Con viva emulación y respeto".

La ilustre ciudad de Reus había disfrutado ya suficientemente de las primicias de las brillantes y encantadoras dotes de uno de sus más esclarecidos hijos y más legítimas y renombradas glorias. El nombre de sor María Rosa será bastante por sí solo para perpetuar la levantada celebridad del pueblo de su cuna. Los asilos del infortunio y del dolor fueron testimonios del calor vital y ternura del corazón insaciable de beneficencia, de la inteligente cuanto discreta y modesta hija del humilde artesano: y grabados sus recuerdos con indelebles caracteres de gratitud en las almas de sus beneficiados, recordarán con placer el cariño y solícitos cuidados de su antigua bienhechora.

Y ciertamente que el blasón y grandeza de su pueblo no tuvo fin aquí; pues con viva emulación y respeto pronunciarán su nombre multitud de pueblos, cuando conozcan la utilidad de este árbol gigantesco, apenas allí brotado de la tierra, y la Iglesia y la sociedad recogerán abundantes y sabrosos frutos de caridad e ilustración, que por ella y por sus hijas arrebatarán a la miseria y a la ignorancia; y a su recuerdo repetirá Reus, al ver la Congregación de Hermanas de la Consolación, de que fue su fundadora, con noble y santo orgullo: «Esta es la obra de mi Hija».



CAPÍTULO VII

FUE NOMBRADA SUPERIORA, Y PASÓ CON OTRAS CUATRO HERMANAS A FUNDAR EN LA CASA DE MISERICORDIA DE TORTOSA.

1. "Piedra angular de su casa".

Había llegado el momento en que Dios nuestro Señor, en sus inescrutables juicios y venerados fines, presentó para un nuevo e imprevisto cargo a nuestra Sierva, que tenía todas sus satisfacciones con los pobrecitos y afligidos, cuyos virtuosos rasgos habían contemplado, siendo súbdita, las casas de Reus; y quiso después ponerla en el candelero, para que desde allí arrojara refulgentes rayos de luz, y la constituyó piedra angular de su casa, contra la cual se estrellarían contradicciones y penas sin número; y enardecido su espíritu, fuese también instrumento de magnífica gloria. Aquí se pudo admirar la obra de Dios, y la acendrada fidelidad de una criatura privilegiada.

2. En el arrabal de Jesús.

La ciudad de Tortosa, de la provincia tarraconense, tiene en el arrabal de Jesús una casa titulada de Misericordia, en la que se recogen los infantes expósitos y los huérfanos e inválidos de ambos sexos, asilo debido en su obra moderna a la espléndida munificencia del que fue muy ilustre deán de la misma catedral, don Manuel Guerra. Las dolorosas circunstancias en que se hallaba esta Casa en el año 1849, efecto de las repetidas vicisitudes, movieron poderosamente los caritativos sentimientos del municipio, encargado entonces de su asistencia y protección, y resolvió éste comisionar a algunos individuos, que con urgencia gestionaran y recabasen la pronta y piadosa asistencia, que aliviase eficazmente la fatal situación de aquellos desgraciados, y fuese además segura garantía de más económica y permanente administración, que la que en época anterior habían ya ensayado. Al efecto presentaron aquéllos su demanda a la superiora del Hospital de Reus, que lo era de nuestra fervorosa y notable Sierva, cuya solución ya no podía serle difícil ni dudosa en esta empresa, puesto que se trataba de socorrer la desgracia y con reducidos recursos; y de ambos extremos garantizaba brillante éxito la sabia economía y bien probada caridad de sor María Rosa: quedó, pues, elegida ya superiora de esta fundación, y se la designaron otras cuatro compañeras, que cooperasen a realizar tan benéfico cuanto difícil proyecto.



3. "Un gran libro sería insuficiente".

El día 18 de marzo del ya citado año fue el señalado por el cielo para trasplantar este árbol fecundo y descubrir esta luminosa antorcha, que irradió de luz a Tortosa, y con sus sudores debía llenar los trojes del Padre celestial de excelente grano de virtud, con que sería socorrida la penuria, hallaría amparo una gran porción de la familia cristiana, y fuese semilla que en sus manos debía multiplicarse.

Un gran libro sería insuficiente para narrar minuciosamente las obras, fatigas, cuidados, las grandes tribulaciones y humillaciones que abundaron, mezcladas de gravísimas calumnias (pan de privilegiados santos), como también los lauros, veneración y respetos que entretejió a su corona en su nuevo destino, llevándolo todo con muchísima paciencia y serenidad, y sublime desprendimiento.

4. "Cumplió los designios del Altísimo".

Salió de Reus en compañía de sus súbditas, que la seguían plenamente contentas y confiadas, y de los señores comisionados, que con este objeto fueron de Tortosa: toda su recomendación, después de la plena confianza en Dios, la hacía consistir en la cabal seguridad y cariñoso afecto de sus superiores, que les merecía por su perfectísima observancia, aptitud, talento y prudencia, que les garantizaba la que expusieron en tan grave y delicada empresa. Verdaderamente sor María Rosa cumplió en esta ocasión los designios del Altísimo en Tortosa, destinándola a superiores y desconocidos fines, por lo cual quedó privada Barcelona de apreciar esta valiosa joya, de donde fueron llamadas un tiempo después para la Casa de Caridad, a cuya invitación no se atrevieron sus superiores acceder por no tener otra sor María Rosa, según dijeron después.

5. "Más propiamente Casa de Miseria".

Humilde, como se comprende, fue la instalación de esta Casa, que se verificó el día del gran Patriarca San José, y por cierto, que se hizo necesaria la piadosa mirada y protección del incomparable santo para acometer tamaña empresa; porque con dificultad puede ofrecerse necesidad más grave, ni más triste cuadro en establecimientos oficiales, que el de este Asilo; y el que, sin lastimar el buen nombre de nadie, más propiamente debía denominarse Casa del Miseria y desorden, por las tristes circunstancias en que se hallaba, que refugio de pobres.



La inevitable precisión en que se hallaba el respetable administrador de dejar con demasiada frecuencia y por largas temporadas el establecimiento, hacía forzoso confiar su cuidado a manos ineptas y mercenarias de los mismos albergados; y en su consecuencia y razón de los escasos recursos de sostenimiento, se explicaba el desconcierto y penuria que allí imperaban. Esfuerzo de ánimo reclamó penetrar en él, cuando las desagradables emanaciones que salían molestaban a cuantos se presentaban a la casa; y éste fue el síntoma cierto de la desorganización interna reinante.

Con tan sensibles condiciones tomó posesión de su cargo con sus hermanas: inmediatamente tendió su vista por los varios departamentos, y contempló por doquier desaliño, confusión, inmundicia y pobreza al través de una aparente organización. Salas con pocos y viejos muebles, cuyo más importante ajuar lo constituían algunos objetos antiguos, legado de una distinguida familia, algunas camas de madera para niños y niñas, unas ruedas de hilar lana, labor en que se ocupaban las mujeres; las restantes dependencias estaban desocupadas u ocupadas por trastos inútiles, excepción hecha del lugar destinado a capilla, como más decente y arreglado. Los niños mayores tenían por cama común un gran tablado con unos puñados de heno o paja, inmediato al muladar, sin que se pueda asegurar qué perdía más, si la salud o la moralidad: las cunitas de los pequeños estaban invadidas por innumerables insectos, que paseaban el rostro de los angelitos, sus ropas y paredes; tarea que fue algo más dilatada rematar a costa de diaria y frecuente persecución, recogiénolos varias veces nuestra Sierva, durante las visitas, con mucho disimulo, y los guardaba, como si fuesen perlas, hasta que podía desprenderse de ellos.

Inútil es decir que los artículos de víveres, la limpieza y condimentación, las prendas de ropa y vestuario estaban en igual relación a lo antes descrito, y todo no es más que ligera sombra de la realidad apenas creíble.

6. "Inmediato y completo triunfo".

Debe consignarse con justicia que no faltó a las recién venidas la plena protección de la autoridad que las había llamado; mas fuera de esto, debieron considerarse como llegadas en país forastero, y se comprenderá que todo eran ojos celadores de sus pasos, acciones y palabras, ánimos desconfiados o prevenidos, y también enemigos (y hasta los mismos albergados), que siniestramente comentaban la presencia de las recién venidas, sin disimular el reprobable concepto con que denigraban su conducta inocente y generosa, personas que



se llamaban de piedad, de lo cual yo mismo fui prevenido, aunque sin justicia, según observé. Tampoco le escasearon las desatenciones y humillaciones de personas y en lugares bien respetables, que toleró sin retornar queja, ni manifestar sentimiento, sino mucha humildad.

Lejos de ofrecer satisfacción tan repulsivo estado, sobraba para arredrar al más esforzado; y el problemático éxito de tan débiles como contrariadas circunstancias, bastaba a imprimir desaliento al más denodado. ¿Debía desmayar nuestra Sierva ante un conjunto tan desagradable? ¡Ah, no, jamás! Su confianza no la podía tener más que en Dios, que le bastaba, y apoyada en la fuerza de la obediencia que la envió, fue suficiente para abordar toda la dificultad, a lo que cooperaron con entusiasmo sus amadas y cariñosas hermanas.

Con su escrutadora mirada entendió la comprometida posición que la rodeaba, y con su talento de gobierno, de que el cielo la dotó, su habitual acierto y destreza, como inteligente y diestro general, distribuyó sus reducidas fuerzas con mucho acierto por los varios destinos, reservándose para sí lo más difícil y comprometido, y alcanzó un inmediato y completo triunfo.

Asimismo estuvo agraciada de infundir respeto y veneración con su imponente, grave y modesta presencia, aun a los más libres, y rendía las voluntades con su palabra de miel y leche, como adornada del don de gentes, aun cuando fueran enemigos, o sujetos astutos o mal aconsejados. Así hubo de confesarlo cierto señor de carrera literaria, muy listo, pero poco entusiasta de hábitos religiosos, que se presentó cierto día muy prevenido y con autoridad al establecimiento, que tenían ya bastante ordenado y limpio, y se vio obligado a reconocer la influencia de la virtud después de haber tratado con sor María Rosa, pues consignó entre sus amigos esta frase: "O son santas, o son brujas," y eso que el caballero se contaba de los más despreocupados de la época; y el que había entrado desafecto, se volvió partidario de las hermanas.

En otras dos ocasiones en que se trataba de vender el magnífico huerto que tiene la Casa para desahogo, cuya privación habría influido en la salud de los asilados, logró impedirlo con sus acertadas gestiones, no obstante que mediaba algún compromiso semi-oficial. En una de las cuales dirigió a un señor letrado tan incontestables razones en su nutrida y franca defensa, que con gracejo refería un señor noble, que no se habría jamás reunido con su señora si tales cosas le dijera.

Pocas semanas fueron suficientes para transformar higiénicamente esta miserable mansión; afanada con las hermanas, se la veía frecuentemente metida en una balsa de agua, corrida por los pisos para conseguir así una desinfección radical de antiguos y pútridos miasmas, dejando aquéllos tan limpios, que el agua corría



cristalina por ellos; sacudía el polvo de las paredes, fregaba las puertas, enderezaba trastos; organizó los trabajos de tal manera, que en breve no pareció aquel lugar de repugnante inmundicia de antes, menos las ropas, que fue un tanto más largo de remediar; pues fuera de la limpieza, no dependía de su personal cuidado.

7. "Todas las clases sociales deseaban verse favorecidas".

Divulgose con rapidez por la ciudad el satisfactorio resultado del ímprobo trabajo de las nuevas hermanas bajo la dirección de sor María Rosa; y el mismo sitio de que antes se apartaban, vino a ser muy visitado y frecuentado, como punto de delicioso paseo, durante largos años, de personas de todas las clases de la sociedad, que deseaban verse favorecidas por las atenciones de nuestra Sierva, debiendo algunos días de concurrencia general de ver el establecimiento, poner algunos guardias para evitar desórdenes, por el gran gentío que se volvía satisfecho del grato y consolador aspecto del Asilo. Esta fue la causa de tomar aumento la protección que le dispensaba el señor corregidor y autoridades locales, que con satisfacción fueron secundando la atinada marcha de la superiora, dedicada enteramente a favorecer a los pobres; y por sus resultados daba honor esta Casa a la ciudad, que visitaban los forasteros con ternura, preguntando algunos si las camas de los pobres eran dormitorio de las hermanas por su limpieza y aseo.

8. "Siempre complaciente y afable".

El corto personal y la pobreza de la Casa la impusieron muchos sacrificios, por lo que fue muy frecuente desempeñar simultáneamente con el cargo de superiora-administradora, el de ropera que debía hacer limpiar y remendar las ropas que se quitaban unos para ponerla a los otros; el de cocinera y portera, a que agregaba alguna vez el de sacristana, debiendo llevar corrientes las cuentas mensuales de la administración, y no dejar hueco alguno en su compromiso, viéndola siempre complaciente y afable en su conversación y trato, que parecía a todos breve; y lo que para otros hubiera sido molesto y enojoso, nunca manifestó disgusto, por más fastidiosos y rústicos que fuesen los visitantes.

El brillante estado de la Casa y el aumento de asilados movieron a la autoridad a aumentar el número de hermanas, para mejor asistir a los enfermos y parvulillos, contándose después nueve hermanas; con cuyo impulso adquirió nuevo crédito, hasta ser emulada por otro asilo, si bien mejor subvencionado.



9. "Lo que más importa".

Mereció sus especiales atenciones, además de la economía y asistencia corporal de los pobres, la salvación de sus almas, que más importa, y estaba algo descuidada en prácticas religiosas, haciendo que frecuentasen los santos sacramentos, la asistencia diaria y general a la santa misa, rezo del Trisagio de la Santísima Trinidad (que desde entonces se reza en muchísimas escuelas, que no son de las Hermanas), lecturas espirituales en las comidas, encomendarse a Dios mañana y noche y otras devociones, para merecer las gracias celestiales y evitar ser desgraciados eternamente, como lo eran en la tierra.



CAPÍTULO VIII

NUEVOS CARGOS EN LA MISMA CIUDAD

1. "Inauguración del colegio".

Como si todos estos cuidados y fatigas no pudieran rendir la más fuerte salud, y absorber la atención de privilegiada capacidad, en vista de los excelentes resultados de la Casa, se pensó en mejorar la instrucción y educación femenil de la ciudad; mas se quería que se efectuase precisamente bajo la dirección de sor María Rosa, y a la vez respondiera de la marcha y progresos de esta fundación; porque así era como aseguraban el éxito de tan útil proyecto. Pesada era la nueva carga, pero como la caridad nunca dice basta, tampoco se acobardó, y gustosa aceptó la responsabilidad.

Cuatro fueron las hermanas designadas para la inauguración de, este Colegio, que fue en 18 de marzo de 1850, para otras tantas secciones en que se dividió la enseñanza de bordado, costura, encaje y calceta, además de la parte literaria que a cada clase correspondía. Abriose el Colegio, y la novedad, delicadeza de las labores y nuevo sistema de enseñanza contribuyeron a que se contaran numerosísimas alumnas. Con las frecuentes visitas de nuestra Sierva estaba al tanto de la marcha, adelantos y estado del Colegio, animando a las profesoras y alumnas, promoviendo con maternal interés el buen nombre del mismo; y a esto se encaminaban sus desvelos y advertencias, como lo testificaron los brillantes exámenes.

2. "¡Hagamos tres tiendas!".

Vivían aquí muy contentas estas hermanas en las laudables tareas que la obediencia les había señalada, pero en medio de todo echaban de menos la corporal presencia de la principal superiora, y todas miraban tan subalterna esta residencia, que no sabían pasar si no iban a reunirse con ella los días festivos, gozándose de su cariñosa compañía y afectuoso trato, como de la más hermosa y distinguida recompensa que podían recibir de sus fatigas. ¡Cuán dichosas y felices se consideraban a su presencia, repitiendo más de una ocasión: "Hagamos tres tiendas!" *Domine bonum est...*

3. "La pertinaz ambición de una mal aconsejada joven".

Por su importancia como clase oficial se consideró este centro de instrucción como de los mejor retribuidos de la provincia, y así



constaba a los efectos civiles en el presupuesto con que era subvencionado. Y lo que pareció que debía ser motivo de reconocimiento y atención por los desvelos y molestias de nuestra incansable Sierva, fue cabalmente el origen y causa de pertinaz ambición de una mal aconsejada joven, que ciertamente había experimentado beneficios especiales de este inagotable corazón de caridad, pasando, por su reprobable porte e injusta protección que se le dispensó, a ser manantial de graves penas y disgustos, que por desgracia influyeron de un modo bien activo y directo en la salud de su antigua bienhechora, haciéndose irreparables los efectos de tan injustificable persecución, en quien surcaban otras antiguas y continuas aflicciones que pueden considerarse como perfecto complemento éstas, de las sufridas para la toma de título profesional, a que la obligaron sus antiguos superiores para salvar esta escuela, hallando única y perfecta explicación en la permisión del Señor, que tolera en sus inocentes y más queridos amigos el fuego de la tribulación para acercarlos más a sí, cumplir sus ocultos planes, y retribuirles con mayor recompensa.

4."Los deplorables trastornos del año 1868".

Los deplorables trastornos, o mejor, los planes anticatólicos del año 1868, con los que parecían iniciarse los señales apocalípticos en nuestra desdichada nación, de los que todavía no amanece esperanza de reposición en lo humano, alcanzaron en gran manera a nuestra respetable Madre, sobre quien pesaba la dirección y administración de la Casa de Misericordia, Colegio y Hospital civil, retribuidos todos con el sueldo de otra cualquiera hermana, con lo que reportaba el tesoro considerable economía, como dañoso se hacía a su salud; y éste fue el errado e hipócrita celo que sus enemigos alegaban para quitarla de en medio y forzarla a dimitir la propiedad del Colegio, a fin de que parara en manos de persona modelada según la corriente, lo cual sin duda fue una calamidad para las niñas inspirarse en las perversos sentimientos de la época, porque con ellos se pervertían las más delicadas y sanas aspiraciones del corazón femenil.

5."La mortal afección que la minaba".

Con este objeto molestáronla durante mucho tiempo y de cuantos modos usa la artera malicia, obligándola últimamente a dejar la Casa de Misericordia, en que residía, y trasladarse dentro de la ciudad en una habitación que carecía de las condiciones higiénicas que su afectada salud inevitablemente reclamaba, necesitada de



frecuente ejercicio, renovación de aires y otras asistencias que allí faltaban. Pronto experimentó las consecuencias de tales sufrimientos físicos y morales, y se vio acometida de dos o tres violentos ataques de vientre, que llevaron el espanto y aflicción a las hermanas, y se le inició, o más exactamente, se la caracterizó la mortal afección que la minaba y la llevó al sepulcro.

Hecha reflexión de tan graves circunstancias, y lo que podía esperarse de sujetos que con tanta injusticia como ingratitud correspondían a sus sacrificios, y todavía más del triste y no lejano fin que iba a tener; para salvar su preciosa y tan importante existencia para el bien de la Congregación y a la gloria de Dios, no hubo más oportuna solución que dimitir la escuela que tanto anhelaban los contrarios, enemigos también de la religión y de la moral, cuyo campo, empero, no se les dejó tan libre, sino que a su despecho se les interceptó abriendo una escuela, extraoficial en la que continuaron las mismas hermanas, a quienes siguieron sus adictas alumnas. No fue tan fácil reparar las profundas huellas de la violenta tos y esputos sanguíneos, que siguieron a estos atropellos de nuestra Sierva.

6. Superiora del hospital.

En uno de los períodos precedentes se designa a sor María Rosa superiora también del Hospital civil de esta misma ciudad, del que la precaria asistencia y descuidada higiene reclamaban con urgencia la presencia y cariño de corazones caritativos, sentimientos que no brotan en el árido campo del egoísmo mercenario y secular. Así, el día 13 de abril de 1852, como si los cargos y atenciones que reasumía fuesen ligeros para no absorber la vigilancia y asiduidad de voluntad y talento nada escasos, fue inevitable añadir la dirección y administración de este benéfico Asilo, dejando instaladas de pronto tres hermanas; y al impulso de su incansable caridad, en breves días de limpieza y aseo quedó cambiado en decente enfermería y agradable casa, el que poco antes fue tétrico y pútrido albergue del infeliz y desgraciado. General fue el contento y cristiana la alegría en la ciudad, y su nombre era pronunciado con aplauso como inteligente e inquebrantable en el sacrificio de su persona.

7. "Las hermanas regocijábanse en su presencia".

Estas hermanas, al igual que las del Colegio, regocijábanse a la presencia de su venerada superiora, cuya expresión y amor formaban las delicias de sus hijas, en tanto que las visitas, que semanalmente o con frecuencia les hacía, aún no llenaban su filial



afecto, ansiando por el día festivo, en que con más despacio conferenciaban, y aprendían consejos y ejemplos de su prudente y piadosa comunicación. Con esto retornaban complacidas y animosas para continuar las arduas fatigas de sus empleos, señalándoles el cielo y la dicha de gozar eternamente de Dios, si gustosas y perseverantes en la caridad y santa observancia se entregaban indiferentes a su voluntad santísima. Sobre esto, el conocimiento de la Divinidad y beneficios espirituales, giraban frecuentemente sus conversaciones con las hermanas, según lo consignaron después.



CAPÍTULO IX

TOMÓ LA CONGREGACIÓN EL TÍTULO DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN, Y NUEVAS PENAS QUE LE CAUSARON LOS HOMBRES POR PERMISIÓN DIVINA.

1. "Más probada su indomable fortaleza".

Entraba en los misteriosos designios del Altísimo realizar por su muy amada Sierva una bien importante obra, eligiéndola Fundadora de un Instituto religioso de caridad y educación, que, heredando sus preclaras virtudes y dando gloria a Dios, fuese el amparo del huerfanito y abandonado, el consuelo del enfermo, e instrumento moralizador de la juventud femenil; pero que, antes de dar nombre a aquél, fue indispensable que fuera más probada su indomable fortaleza, y fuese purificada en el riguroso crisol de la contradicción y deshonor, pasando por duras penas y tribulaciones causadas por los hombres, que aparentando celo, resultó patentemente sellado el móvil de ambición rastrera de dominio y poca delicadeza.

2. El diploma de maestra nacional.

En el capítulo anterior se ha indicado la idea sus antiguos superiores de hacerla tomar el título profesional para poner a salvo el Colegio de la ciudad, del que era oficial profesora-directora; pensamiento que jamás había soñado siquiera, y que le fue impuesto con tan difícil y odiosa condición, como era de prepararse en las asignaturas reglamentarias, sin que a nadie absolutamente pudiera revelar esta resolución. Menos sensible la hubiera sido comprarlo con sangre, que cumplir una obediencia tan rara, y a costa de tan sensibles contrariedades, salva, empero, la voluntad suprema de Dios.

No se sabe qué admirar más en este acto: si el difícil y arduo mandato a que se la sujetó de adquirir conocimientos que desconocía, en donde no tenía casi recurso y sin poder manifestar el objeto, o bien la exquisita prudencia, agudeza y serenidad con que llevó a cabo aquella disposición, si bien fue devorando gravísimas sospechas y acusaciones calumniosas, que los mismos sujetos presentaron a sus superiores, y fueron la causa de su exaltación, cuando pretendían rebajarla; pero más acertadamente debe confesarse que era la mano de Dios que de modo extraño y providencial consumaba la obra. Véase el procedimiento.



3. "Su inspirada y proverbial prudencia".

Con el decurso de cuarenta y tantos años, debe decirse que en cierto modo aviase disipado, o a lo menos enmohecido, la instrucción que en su juventud hubo recibido; pues que, a excepción de alguna estancia en el Colegio de señoritas de Reus, la habían ocupado ordinariamente en labores y trabajos manuales; y más que en esta época era deficiente aquella instrucción para sufrir un examen profesional. Pues, ¿y qué podía hacer en situación tan crítica y angustiosa? ¿A quién acudiría, y qué podría decir, si se le prohibió declarar nada, y por consiguiente ni a hermanas, ni a confesor ni a nadie podía comunicarlo? ¿Infringiría la reserva, o faltó a la obediencia en este acto? Ni a una ni a otra cosa supo faltar, quien toda su vida vivió sumisa y obediente. ¡Atribulada sor María Rosa! ¿Qué harás no contando con auxilio sobrehumano? Ocurriole un ardid de su inspirada y proverbial prudencia, con que dio solución a tan delicado compromiso. Pero, ¿quién había de decirle, que esto mismo serviría de pie para levantarle la más sentida calumnia en lo que más apreciaba, como inocentísima que era; y que los mismos que la difamaban ante sus superiores, preparasen el terreno y moviesen los resortes de su exaltación, logrando la aprobación del Ordinario, de que carecía su superiora principal, y a que jamás quiso ésta sujetarse? Adoremos los secretos de Dios, mientras se admira la grandeza de su alma y la perversidad de sus enemigos.

4. Auxiliar para redacción de cuentas.

Como la administración de los tres establecimientos importaba mucho cuidado y no menos trabajo, además de la dirección de las hermanas, fue preciso pedir un auxiliar para la correcta redacción de las cuentas, el cual le fue otorgado. En esta elección se fijó mucho, y después de maduro examen, se fió de quien secundó su proyecto y con mucha utilidad de la Congregación, porque su ojo era muy previsor, sin fiarse de apariencias, ni dejarse llevar en los negocios de todo viento de doctrina, según consejo del Espíritu Santo.

A este sujeto, sin declararle su pensamiento y bajo reserva, le pidió si por favor o caridad se ocuparía en ampliar sus conocimientos de gramática, aritmética, etc., pues veía que lo necesitaba para desempeñar convenientemente su cargo, y en cuyo auxilio se ocupaba ya todos los días algunas horas. Conforme éste en su proposición, prorrogó algo más su permanencia en el despacho por este motivo. ¡Pobre sor María Rosa! ¡Con cuánta variedad de penas probará el Señor la fidelísima constancia de su Sierva!



5. Emulación de alguna hermana.

Luego entró la emulación en el corazón de alguna de las hermanas para su propia desgracia, haciendo que echaran, si no veneno para acabar la vida corporal, lo que es aún peor, la infamia y la calumnia sobre su pura alma: éstos son de aquellos genios que todo lo consideran bajo y humillante, si no pueden entronizarse para saciar su ambición y soberbia, y convenidas para este objeto con ciertos sujetos, iniciaron los cargos contra ella ante sus superiores, de quienes fue siempre distinguida, y era entonces su esperanza. Si todas las almas se presentaran ante Dios tan limpias de culpas, como la miró su instructor, siempre recatada e inocente de tan inmundas calumnias, muy grande fuera la confianza en las bondades de Dios de ser un día sus queridos cortesanos.

Temerosos por la maldad de su obra, llevábase el negocio en otra casa, según después le contó una antigua amiga suya, superiora de una casa de Reus, la misma que la había invitado que fuese allí para ser superiora, y la que después de morir nuestra Sierva aseguró ser de muchas virtudes. El resultado de tan detestable obra, tras de muchos atropellos y sinsabores que por aquella causa sufrió, fue merecer la aprobación y protección del Diocesano, que los mismos habían gestionado, y el incremento que desde entonces tuvo el Instituto.

Para visible confusión de sus enemigos fue la derrota que por dos o tres veces sufrieron, denegándoles el Prelado la erección que intentaron de otra Congregación, y cuyo plan más tarde ¡justos juicios de Dios! aceleró a alguno su muerte. Así protegió a su inocente Sierva la Providencia, como se lo manifestó después un respetable sacerdote amigo, salvando la Congregación, que a instancia de su fundadora tomó el título de Nuestra Señora de la Consolación, pues se reflejaban en su humilde alma la compasión y cariño de tan excelsa Madre, y fue como el premio temporal de su heroica obediencia.

6."Alternativa de exaltaciones y humillaciones".

No faltó a alguno todavía osadía bastante para protestarla falsa amistad y celo, presagiando fatales resultados, si no se entregaba a la dirección de sus enemigos. Como le constaban evidentemente sus anteriores proyectos, se le indicó la conveniencia, para alejarles de una vez, de significarles algo, a lo cual contestó con estas memorables palabras, eco de su magnánimo corazón: "Para hacer esto, debería hacerme una gran violencia;" y en verdad, que



siempre tuvo para cuantos habían afligido si espíritu delicadas atenciones y amabilidad.

En la alternativa de exaltaciones y humillaciones en que coloca Dios a sus queridas criaturas, puso también a nuestra fundadora, sin que la alterasen ni unas ni otras; y en medio de todo, tenía borradas las ofensas de sus enemigos, que contribuyeron poderosamente a acabar su vida, y hasta hizo rasgar un documento en que todas las hermanas hacían constar su inocencia y buen ejemplo, por creer que se daría más importancia a tal persecución, que le había sido muy sensible.



CAPÍTULO X

PROPAGACIÓN DEL INSTITUTO EN LA DIÓCESIS.

1. Un nuevo y dilatado horizonte.

Después de tan insidiosa tribulación, de la cual salió flotante el mérito de nuestra Sierva, y cumplidos los designios del Altísimo, como visible aprobación de su invencible fortaleza y humildad profunda, quiso que amaneciese a sus ojos un nuevo y dilatado horizonte, al que, cual inculco páramo, haría llegar los efectos de sus sudores, y su benéfica acción fertilizaría con varias fundaciones, en que se aspiraría vivífico ambiente de virtud y caridad y consuelo para sus hermanos. En efecto, algunos pueblos notables de la diócesis quisieron nutrirse de la moralizadora enseñanza de sus hermanas, y confiar a su misericordia los miembros faltos de amparo y de consuelo. Su presencia sola llenaba y confirmaba el ideal, que su nombre presagiaba felizmente. También de otra diócesis le fue pedida la asistencia para un manicomio, que no pudo prestarse por el reducido personal de entonces.

2. Geografía de las fundaciones.

Hermanas y pobres, eclesiásticos y seculares, miraban en ella esa cosa indescifrable, símbolo de la verdadera santidad. Los prelados la trataban con singular aprecio y confianza distinguida, prestándole su apoyo para la dilatación de su ejemplar Instituto, el que no tardó en tener la satisfacción de verle instalada, además de la Casa de Misericordia, Hospital, Colegio y Noviciado de Tortosa, en Castellón de la Plana, capital de provincia, Hospital, Casa de Misericordia y Colegio; en Ulldecona, Hospital y Colegio; en Mora de Ebro, tres colegios; en Burríana, Colegio y Hospital; en Villarreal, Hospital y Colegio; en Vinaroz, Hospital y Colegio; en Roquetas, Colegio, y en Benicarló, Colegio; viendo socorridos un gran número de enfermos y desamparados, y muchos centenares de doncellas precavidas de errores contemporáneos y máximas corrompidas por una educación sólida en lo religioso, y muy oportunamente ilustrada en lo literario, y labores, como lo acreditan los documentos oficiales y la especial autorización de la dirección general de Instrucción que logró en mayo de 1867 para establecer sus colegios, corroborada posteriormente por Real Orden de 31 de octubre de 1885.



3. "Tomaba parte muy activa"

Verificáronse estas fundaciones con particular demostración de regocijo en los pueblos, y grata satisfacción de los protectores, y mayor aún suya por los bienes que logran las almas y la gloria de Dios; si bien no amaba en las inauguraciones de ruidosos aparatos, que no se avenían con su carácter grave y modesto. En las instalaciones tomaba parte muy activa y personal en la limpieza y aseo, como lo había hecho en las de Tortosa; y si alguna vez se consideraba superiora, era para constituirse la primera en las fatigas y sudores, y fue el vivo estímulo de sus fervorosas hermanas, que estaban confusas de ver tan humilde a la que querían apartar de estas tareas por respeto a su elevado cargo, y a lo cual se resistía por hallar en ellas sus complacencias.

4. "Los pobres recibían consuelos".

Cuando visitaba los pueblos recibía pruebas de singular amor y respeto, y se disputaban la distinción de hablar con ella, pues su conversación era amena, franca y edificante, deseando todos tener el placer de volverla a saludar, y de sus relevantes dotes retenían indelebles recuerdos de gratitud y admiración, conservando sus frases y dichos como sentencias y pronósticos, que ella tenía bien olvidados.

Enterábase con minuciosidad en estas visitas, como principal parte de sus cuidados, de la asistencia y modo con que eran tratados los enfermos y pobres: animaba a las hermanas a ser sufridas e incansables en indemnizar con su amabilidad las aflicciones de estos infelices, que las más veces sufren por fuerza, y por su parte les procuraba el mayor bien que podía facilitarles a su triste estado. Con esto los pobres recibían mucho consuelo, hablándoles con familiar afecto, en que hallaban alivio en sus desgracias, y conservaban sus palabras y consejos como de amorosa madre para dulcificar sus ulteriores penas y amarguras, y les hacía en estas ocasiones alguna benéfica demostración, que era el sello de su cariño por los afligidos.

5. "Las hermanas estaban delirantes".

Las hermanas estaban delirantes por estas periódicas visitas, y llevaban escrupulosa combinación del día dichoso que podrían abrazar a su inolvidable madre, pareciéndoles años los meses que restaban hasta su vuelta. Como su permanencia en estas casas no podía ser más que de cortos días, por los compromisos de su residencia, y porque el Señor en todas partes quería sacrificios suyos,



parecía su estancia a las hermanas de brevísimos instantes, y en realidad eran muy veloces, además de los ratos que decían les robaban los de fuera. Tan consoladora fue presencia para ellas, que no reconocían superior, como satisfactorio le era conferenciar, instruir las y avisar las cuanto entendía necesario a su bien y tranquilidad espiritual, y lo que convenía al recto desempeño de sus deberes particulares; de cuya experiencia y luces alcanzaban mucho provecho las que eran sumisas, como fatales e irreparables consecuencias experimentaron las desaconsejadas y seducidas, llorando después las humillaciones y efectos que envuelve la apostasía religiosa.

Dulce le fue siempre verse rodeada de sus queridas hermanas, y como más íntimo y afectuoso era su trato, más tierna y sensible se la hacía su separación, por más desprendida que estaba, y todas hubieran marchado con ella, ya que le era imposible permanecer en cada una de estas residencias. Las mutuas lágrimas de santo afecto en sus despedidas eran la señal de filial amor, que se mezclaban con las suyas; y, como el Apóstol, lloraba con los llorosos y se regocijaba con los alegres.

6. "Quedándole aun un buen humor".

El dominio y grandeza de su espíritu elevábase a la más perfecta serenidad y sosiego en tan múltiples, graves y no siempre prósperas solicitudes; y cuando todo parece que debiera tenerla bajo la más alborotada presión y abatimiento, sofocándole todo destello de buen humor e inocente desahogo, se vio a nuestra Sierva, que sabía llevarlo a fuerza de gigante, que alcanzaba en el místico desahogo con el Esposó-Jesús, quedándole aún muy buen humor para el rato de expansión inocente con sus hermanas; pero eso sí, o trabajaba en obsequio de Dios, o sacaba ocasión de alabarle y bendecirle, desterrando de las recreaciones la ociosidad.

Una de sus gratas satisfacciones, en tales casos, era cuidar de las florecitas, en cuya encantadora variedad y delicados tintes veía un destello de la suprema belleza y absoluto poder del Criador, con que se elevaba a las celestes regiones, y reportaba afectos de reconocimiento, ternura y esfuerzo para hacerse digna de la suspirada y eterna compañía del autor de tantas maravillas.

7. Cultiva las flores.

Mientras le fue posible, se la vio en el jardincito en estas ocasiones cultivar las plantas para obsequiar con sus flores a los santos, o para regalar a los protectores y amigos de las casas; afanada, sudando en preparar la tierra, hacer sus siembras, trasladar las plantecitas del semillero; en una palabra: tenía sus inocentes



delicias en las flores, y a su vista exclamaba: "¡Nada hay más hermoso en la tierra!" y de este modo se aliviaba de las frecuentes amarguras de la vida.

Por ahí se explica la afición que tenía a hacer flores artificiales, remedando algo la obra de Dios, que tanto la enamoraba, y en ellas ejercitaba a las hermanas para utilidad de los colegios y adorno de los oratorios. Hasta en su vejez y enfermedades, cuando ya no pudo ocuparse en otro, se dedicaba a hacer flores; porque el hacer calceta, decía con chiste, es cosa de viejas.

8. Acaricia una perdiz.

Si en su afición por las flores se pareció a la santa Doctora, por una temporadita imitó al evangelista San Juan en acariciar en aquellas horas algunos instantes a una perdiz, si estaba fatigada del trabajo; y este sencillo entretenimiento y caricias expresaban la compasión que a los animalillos y plantas también reservaba su tierno corazón.



CAPÍTULO XI

SUS MÁS NOTORIAS Y PREDILECTAS VIRTUDES.

1. El don de gobierno.

Sin el superior auxilio y abundante eficacia de la gracia divina, indudablemente debía estrellarse una empresa realizada por una mujer, cuya fuerza achaca el mundo de débil, y como graciosamente decía ella: "Las mujeres no tenemos juicio", y eso que su talento excepcional era clasificado de varonil y muy notable, como asimismo admirado; pues se decía que era cabeza para gobernar no algunas provincias, sino mucho más, y que a ser de hombre para ser mitrada; porque sin duda fue enriquecida con el don de gobierno, magnanimidad singular de alma y otros tesoros celestiales de que daba insignes testimonios con sus virtudes, que no pueden ser desmentidas ni aún por sus mismos adversarios, si ponen la mano sobre su corazón ante el juez supremo y de incorrupto fallo para todas las conciencias; pues las mismas descontentas, cuya defección sentía mucho, y que la habían calumniado, solicitaron su regreso a la Congregación, que les fue denegado.

2. El triunfo de la virtud sublime.

Esto mismo prueba la larga serie de trabajos que desarrolló en tantos años la certera mano de nuestra Sierva, haciéndose un vivo y perfecto modelo de toda perfección, siendo a la verdad inexplicable, verla siempre, siempre bondadosa, afable y cariñosa, con una superioridad de espíritu singular y envidiable, efecto del íntimo y continuo trato y presencia de Dios, que presidía todas sus operaciones y afectos: de forma, que cualquiera hubiera dicho que nadaba en el mar de toda satisfacción, o que descansaba plácidamente sobre los laureles conquistados al arrullo de las alabanzas humanas, y reconocimiento de ternura de sus pobres beneficiados. Tal podía ver el ojo del hombre que se contenta con la apariencia de lo que ve, pero que su dulce amabilidad era el triunfo de la virtud sublime, entre las más atroces ignominias, contra la cual se hacían trizas las tempestades del abismo y mejor combinadas astucias del mundo, que cancelaba en el secreto de su corazón, que llenaba tan sólo Dios.



3. Monumento irrefragable de la celestial doctrina.

Las hermanas todas fueron imparciales testigos de esta verdad, y tal la han acreditado en los escritos (como también los señores curas párrocos de las residencias) que hicieron luego de su muerte, de las memorables enseñanzas, de sus heroicas virtudes y consejos admirables, que por su sinceridad, ternura y sentimiento son un monumento irrefragable de la celestial doctrina que inculcaba, y variada belleza de santidad que les ofrecía la perfección religiosa de quien contemplaban extática en su piedad y devoción, abismada en la santa misa y comunión, presentando su rostro radiante de dulce emoción por el que poco antes se deslizaban ardientes lágrimas de reverente y excesivo temor, si no sabía agrandar y complacer al Señor, de quien era asiduo y perfumado obsequio. De tan elevadas gracias miraban favorecida a su incomparable Madre, dudando cuál era entre todas la más excelente, pareciéndolas a cual más admirable.

4. Cortejo de virtudes.

Con todo, al frente de su espiritual hermosura, destacábase, cual gigante, la joya que tenía en superior estima, la pureza e integridad de su alma y de su corazón, que se reflejaba delicadamente en sus tareas materiales y actos los más insignificantes; la pobreza hasta el escrúpulo; obediencia incondicional, exacta y perpetua; generosidad en perdonar, y humildad extremas; celo por la salvación de los prójimos infatigable; caridad, como reina entre todas ellas, tierna y sin límites; prudencia y cuantas perfecciones embelecen la vida de los santos, eran como otros tantos escudos, cuya hermosura no pudo empavar el hálito de un siglo envilecido y maldiciente.

5. "Su amada pobreza".

Por si no fuese bastante cuanto se ha dicho, para hacer más visible el vuelo de su genio, que aguzaba para satisfacer a su amado Jesús, puede expresarse algo especial y no oído de su amada pobreza, que observó con cariño, y la tuvo en tanta reverencia, que no consideraba nada merecido de cuanto se le daba de comer y vestir, sino que lo recibía como de limosna. Esta virtud la tenía en algo de zozobra al advertir algún abusillo o descuido entre las hermanas, y decía: "El Señor nos castigará si no somos delicadas en su cumplimiento;" y la que era generosa y abundante en socorrer a los prójimos, y espléndida para Dios y su casa, fue muy limitada consigo,



no tolerando cosas superfluas ni en su uso, ni en su obsequio; de modo que, cuando habían de cambiarla alguna pieza de ropa por vieja, era preciso hacérsela sin saberlo, y ponérsela en la cama durante la noche; pero que al advertir el cambio, contristada, lloraba muchas veces. Ya por amor a esta virtud cuidaba de la limpieza y aseo de las ropas, teniendo gran esmero en no rasgarlas: alfileres de uso diario para vestirse los conservó muchísimos años, como también el palillo de hacer media, que le tomó por recuerdo cariñoso una señora amiga suya.

La idea de que se le daba comida de limosna, la dominaba desde joven, pues se admiraba de la libertad con que se sentaban a la mesa las demás. Como verdaderamente pobre y humilde se portó en una ocasión, siendo superiora y fundadora, que por enfermiza no podía comer las viandas de la comunidad; le era forzoso tomar otra clase de alimentos, si bien fuese en el mismo acto que las demás. Entró con éstas al refectorio, y aguardaba la refección que acostumbraba la hermana traerla; y esperando, y más esperar el alimento, comieron todas y se dio fin al acto, levantándose como superiora a dar gracias con las demás, sin haber probado siquiera bocado, habiendo estado atenta a la lectura y tranquila sin manifestar disgusto ni reprender a nadie, y como pobre, esperó que le diesen la comida, agradeciéndola cuando le fue ofrecida después de haber concluido el acto de comunidad.

6. "Terse espejo de pureza".

En el afecto que profesaba a la caridad fue extremada, a la que desde jovencita dio muestra de mucho aprecio, y esta virtud era como una secreta influencia, que sintieron cuantos la trataban, si bien fueran descompuestos, como que su presencia sola infundía recato; difícilmente puede ofrecerse más notable modelo, porque sus ojos, palabras, acciones y hasta su continente, respiraba todo castidad y modestia grave. Un sujeto, que respetuoso con sus superiores, había frecuentado personas de varias clases de la sociedad, y hasta alguna de elevada alcurnia, afirmó que ninguna de todas estas personas le imponía su vista, pero que en presencia de nuestra Sierva, impresionado de veneración, y como confundido, el que no bajaba los ojos ante los demás, se veía precisado a fijarlos en el suelo, porque sus ojos parecía que le recorrían los secretos de su corazón, y eso que le trataba como favorecedor de las hermanas, cuando las visitaba. Aún en sus últimos años y enfermedades últimas, no lejana a la muerte, estimaba con tanta delicadeza esta virtud, que costándole mucha fatiga y sofocación subir a la cama, no permitía que la enfermera la auxiliara, y la hacía retirar del aposento, prefiriendo quedarse rendida en extremo y sin ánimo, durante largo



rato, para cubrirse con los abrigos. Más de una vez reprendió a la misma, si por inadvertencia dejaba alguna rendija por tapar, pues decía que la obligaba a vestirse en medio de la plaza, cosa que la desazonaba en gran manera.

Las más delicadas tienen mucho que aprender de tan terso espejo de pureza y castidad.

7. "Luminosa y segura virtud de la obediencia".

Muy sumisa y respetuosa se conservó para cuanto sabía a santa obediencia, que se la vio practicar desde su infancia, y cumplía no sólo con exactitud las órdenes de sus superiores y directores espirituales, sino también se anticipaba a cumplir la más sencilla indicación, y esto hasta en cosas libres, queriendo siempre ser guiada por esta luminosa y segura virtud, teniendo la convicción de que sería para ella una desgracia no deber sujetarse a otro, sino que como dijo alguna vez de que nada le saldría bien, a no manifestarlo todo; y que le parecía que así lo quería el Señor, que lo comunicara al director espiritual: ¡tan sujeta se miraba que debía estar a la obediencia!

8. "Humildad profundísima".

La perfección en esta virtud se fundaba en su humildad profundísima, por la que juzgaba que no había en el mundo persona más ruin: de que las grandes tribulaciones y penas eran castigo de sus pecados, que no podía señalar especial como causa, y decía que estaba contenta de alcanzar un rincón del purgatorio. Con tan sinceros sentimientos de su miseria en su elevado cargo de superiora general, trataba a las hermanas con la misma sencillez y atención que cuando súbdita, y hasta con respeto a la última de la comunidad; sin permitirse tutear, por más franqueza que tuviera, ni usar apenas cierta expresión de humor, que recibían como obsequio singular, y antes bien se ha de decir que las respetaba, como que en sus órdenes más suplicaba que mandaba, pidiendo de caridad y condicionalmente lo que convenía que hicieran: las consultaba en cosas que le eran bien sabidas, y como ignorante niña atendía su parecer, y rogaba que la corrigiesen, admirándose y confundiéndose las hermanas de tan heroica humildad, y que no era de extrañar en quien no tenía a su juicio autoridad para ocurrir a sus necesidades, y esperaba el socorro de la que tenía el cargo, y frecuentemente ocurría tener que auxiliarla antes que expusiera su necesidad, que era ya notoria.



Son tan numerosos los ejemplos de la humildad admirable que vieron en su reverenda Madre, que se comprende que era un ejercicio continuo el que practicaba de esta su compañera virtud, tan poco estimada, de la que decía era un tesoro oculto. Como se miraba tan imperfecta, temía hasta de reconocer los dones celestiales que recibía, y ocultaba y excusaba los actos, sin querer ser vista en nada de lo que podía resultarla alguna alabanza, refiriéndolo a las demás en general. Jamás le deslizaba el yo, ese ídolo del orgullo, ni otra frase de imperio, tono o autoridad, sino mejor se inclinaba a menosprecio de sí misma.

En un viaje que hizo con otra hermana para una fundación, ocurrió un percance del carruaje que fue preciso suspender la marcha, y refugiarse en una mísera casa, y descansar junto al estiércol, lance que apesadumbraba a la compañera, viendo a su respetable Fundadora en sitio tan repugnante; y apercibida de esta pena, la dijo nuestra Sierva: "Demos gracias a Dios, que nos favorece con este abrigo."

Esta virtud la hacía sufrir con mucha apacibilidad las incomodidades, y abatirse entre los humildes. Al corregir con energía y suavidad las repetidas negligencias que, disgustadas o reconocidas, lloraban las hermanas, mucho más las deploraba ella, que llena de compasión se resolvía en más abundantes lágrimas que las culpables, admiradas de su ternura, y las consolaba de tal manera, que salían más enfervorizadas y con más ganancia de este acto, que indispuestas habían recibido la corrección, y edificadas de la humildad de su querida superiora.

Toda su vida se entiende que fue un constante ejercicio de humildad.

9. Perfecta discípula de Jesús paciente.

Su paciencia era de tan subido valor como su humildad: una queja no le arrancaron sus vehementes y largas dolencias de jaqueca, repetidas con rigurosa fiereza; la grave enfermedad de congestión cerebral y otra posterior que sufrió; los padecimientos y adversidades tan continuos y la mortal angustia de espíritu, y ni un ¡ay! de poca resignación, antes manifestaba contento y unión a la voluntad divina, que la ejercitó en estas pruebas; ni en el largo plazo de la hinchazón de sus piernas y pies, que se le ulceró una.

Asimismo conservó su habitual serenidad, y hasta en su última dolencia se hubiera creído que nada padecía, o que en efecto era otra la que sufría, al verla tan complaciente y animosa. A tan alto grado llevó el dominio del dolor para ser perfecta discípula de Jesús, la que



más excusaba y disminuía, que declaraba, sus enfermedades a los médicos, según éstos decían.

10. La lámpara que no se extingue.

Para comprender cómo reinaba y filtraba en su alma y su corazón la caridad y misericordia con los pobres, que brillaban entre sus virtudes como precioso diamante entre pedrería, y toda su vida fue un hermoso ensarto, como se ve en este breve compendio, fue lámpara que no se extinguió sino con su muerte en su ejercicio material, haciéndose indispensable añadir algo más de ese espíritu, que vivificaba toda su existencia y actos, algunos de ellos todavía no consignados.

En las rigurosas noches de invierno, en los prolongados insomnios y malas noches por su enfermedad, ¿qué podía entonces ocupar su pensamiento? Afligíase hasta llorar al recuerdo de los necesitados de abrigo y alimento, y se decía: "¡A mí todo me sobra, y cuántos pobrecitos hay sin amparo y sin consuelo! "

Los ancianos y desvalidos y los parvulitos más asquerosos eran la pupila de sus ojos, y los que no se cansaba de recomendar a la afición y cariño de sus hijas, como de palabra y con el ejemplo acariciaba a los más repugnantes e inútiles.

Los asilados de la Misericordia aún recuerdan con sentidas lágrimas a la que por excelencia llamaban Madre y personificada caridad; que quien no la ha conocido, no sabe lo que es caridad.

Durante la noches levantábase despacito, y se presentaba a las camas de las hermanas delicadas, y las llevaba cuanto necesitaban; y otro tanto hacía con los pobres asilados, consolándoles con sus socorros; y a unas y a otros encargaba el secreto de su gran solicitud.

Tratando de beneficiar al pobre, no reconocía dificultad ni sacrificio.

En una ocasión que el municipio quiso obsequiar a los pobres de la ciudad con una buena comida, recurrió a nuestra Sierva, la que quedó encargada y convenido en el día en que debía verificarse. Madrugó algo más que de ordinario, y en compañía de dos hermanas se presentó al lugar destinado, en donde halló lo necesario; y con gran prontitud se preparó la abundante y bien sazónada comida, con no poca sorpresa de los comitentes, que la contaban todavía en marcha, y con marcada satisfacción dieron de comer a muchos cientos de pobres.



Era el ordinario recurso sor María Rosa, en las varias épocas de epidemias, para instalar los hospitales y prestar servicios a los invadidos por sí y por las hermanas, que la veían siempre a la cabeza en todos los peligros, y se lanzaban gustosas por si quería aceptar el Señor el sacrificio de sus vidas.

En otras circunstancias laboriosas, ya para allegar recursos y otros varios auxilios para los heridos de guerra, era el refugio de siempre, que con natural facilidad resolvía los inconvenientes con prontitud y acierto, pues no hallaba estorbo ni disgusto para sacrificarse.

11. Característica generosidad.

La gratitud por cualquier favor era aneja a su magnífica caridad, como si hubiese formado resolución de no ser vencida por nadie en generosidad; y se la oía decir que con cualquier don ganaban su afecto, y al que a más del inolvidable reconocimiento, correspondía obligada a costa de cualquier sacrificio, que miraba ligero para quien le hubiese dispensado siquiera un leve favor o atención.

No se oye uno que no elogie su característica generosidad en retribuir con abundante utilidad y afecto, si de algún modo favoreció ya a su persona, ya a las hermanas, ya a sus pobres.

12. "¡Qué heroica y viva era su fe!".

Y si con las criaturas fue tan espléndido y dilatado su corazón por beneficios temporales y obsequios de solo momento, no habría límites que comprimieran su piedad y desahogo espiritual para expresar a Dios su reconocimiento por gracias tan inapreciables, y que eran de eterna consecuencia. Notablemente ardorosa y edificante fue su meliflua devoción para cuanto tocaba a su Criador, o era relativo a la santísima Virgen o a los santos. Desde la oración de la mañana hasta el último acto del día, ordinario y extraordinario, todos los ejercicios practicaba con persistente fervor, ternura y devota pausa, y fue el espejo en que se modelaban sus hijas para vivificar su recogimiento y religiosidad en el servicio divino.

Con esta idea ponía gran afición a tener los oratorios, aunque sencillos, esmeradamente limpios, aseados y adornados, para promover la devoción, además del respeto que corresponde como lugar de devoción. Para el servicio del culto divino cuidaba de alcanzar lo más valioso y brillante, como consagrado a Dios nuestro Señor, que lo es de toda y suprema majestad, convencida que todos



los obsequios y dones son pobres para quien tiene por alfombra los hermosos cielos. ¡Qué heroica y viva era su fe en todos los divinos misterios y enseñanzas de la Iglesia! y tuvo por santo al gran Pío IX, viéndole combatido por los enemigos de Dios y de su Iglesia.

Todo esto demostraba el profundísimo respeto con que permanecía arrodillada, mientras sus fuerzas lo permitieron, en todos los actos religiosos, y con más devoción, si cabía, en su ancianidad que la que era habitual, sintiendo mucha pena por lo mismo cuando se vio contrariada de desahogar su devoción, o impedida de seguir la comunidad por indisposición u otros estorbos; lo que deploraba como preludio de su tibieza o mal ejemplo, cuando no le fue posible permanecer arrodillada como solía. ¡Qué expansiones de ternura daba a su corazón, dilatándose en íntimos sentimientos, en las noches solemnísimas del jueves Santo y vigilia de la Natividad de Jesús! Extática en tan santos misterios, que eran su encanto y más dulces delicias, gustaba mucho que la acompañasen las hermanas, no menos que lo continuaran cuando se vio privada de practicarlos por sus achaques.

13. "La sublime y entrañable comunicación con Dios".

Estas divinas fuentes la hacían impávida y tranquila para sufrir sus graves enfermedades y dolores. Se mantenía serena ante las calamidades y contratiempos; impertérrita e invencible en las persecuciones; empero liquidábase su corazón en suaves lágrimas, cual tierna cera, al calor del amor divino, por el que tanto suspiraba, y tenía el recelo de no poseerlo: al practicar sus obsequios su rostro bañábase de ardientes lágrimas: al hablar de Dios, de las verdades y bellezas celestiales, lloraba con ternura: las aflicciones de los pobres producíanle el mismo efecto; y para decirlo de una vez, su seráfico espíritu, que era de bronce para toda pena y trabajo propio, era delicado y lloroso como el de un niño al ardor del amor divino, al herirle las aflicciones y penas ajenas, cual puede producir el más abundante don de lágrimas.

Sólo nuestra Sierva, si hubiese podido vencer su humildad y anonadamiento, podía manifestar lo sublime y entrañable de sus afectos y suave comunicación con Dios, que se difundía por todos sus sentidos y potencias, y que hubiera envilecido la satisfacción de las cosas terrenas.

Así se comprendió el desapego de todo y sacrificarse en todo para, que fuese más cumplido y acepto su obsequio al Señor. De ahí creía de poca importancia cualquier sacrificio, humillaciones, calumnias, persecuciones, penas, penitencias, enfermedades; y cuanto le acercaba a Dios le era muy grato: Tan sólo le era difícil,



inaguantable y amargo lo que sospechaba que a El disgustaba y ofendía. Este estudio, como era también suyo, inculcaba a sus hijas con suaves reflexiones y lágrimas de ternura, para aficionarlas al ejercicio de todas las perfecciones.

14. "En el profundo pozo de su humildad".

Con su santa y modesta reserva tenía bien asegurado en el profundo pozo de su humildad el rico botín, que acrecentaba por las frecuentes derrotas del enemigo por la sujeción y vigilancia de todas inclinaciones, purificadas en el crisol de la perfección. Así se preservaba del frecuente engaño en que sucumben los espíritus mal fundados en virtud, o seducidos por el demonio, que pregonan sus pobres obras, haciéndose víctimas del orgullo o de la envidia, si no logran alabanzas sus miserables acciones. Pero estaba muy lejos de ello nuestra Sierva, que por su humildad se creía detestable y la más vil de todas las criaturas en la presencia del Altísimo. No podía pensar que tuviera sombra de santidad ni virtud, la que se humillaba a todas sus súbditas, segura de que les daba mal ejemplo, y les rogaba el aviso espiritual para su enmienda, acompañando el ruego con las lágrimas, y esto admiraba a las hermanas, que la veían un perfecto modelo de todas las virtudes.

¡Sobradamente infeliz y desgraciada se miraba a sí misma, mientras el Señor la encumbraba en el afecto de la Congregación y en la presencia de sus Ángeles! Por aquella causa se resistió a dejarse fotografiar, en que se tenía empeño para que quedara recuerdo en el Instituto de su respetable y edificante persona, y ella lo tenía mayor aún en no consentirlo, y únicamente se pudo alcanzar su asentimiento asegurándole con toda formalidad que no debía verse su retrato mientras viviera, como así se cumplió. Si no por mandato, no ponía el nombre de superiora en las cartas y escritos; pero algunos días festivos bien se complacía en hacer los guisos para sus hermanas, a quienes obsequiaba.

15. "El aroma de su espiritual doctrina".

La ternura de su espíritu puede decirse que hacía traición a su más meditada humildad, y al modo que los vasos tiernos y nuevos trasudan el transparente líquido que contienen, y las más aromáticas esencias han esparcido con abundancia antes de encerrarlas su perfumado ambiente, así afluía de su lengua y de sus acciones el aroma de la espiritual doctrina, que vivificaba a sus hijas y las robustecía en sus debilidades. En tan rico tesoro hallaron el socorro y confianza de fiel y cariñosa amiga, el consuelo que en sus enfermedades



calmaba sus tristezas, con su discreción serenaba sus angustias y temores, dejándolas en dulce paz y con ánimo para vencer toda dificultad, y los secretos de los corazones parecía que se les descubrían por el acierto de sus consejos; el trato continuo con Dios las edificaba y enfervorizaba para ser más , devotas, su alegre paciencia las llenaba de pesadumbre, mientras las robustecía para las adversidades; el llanto, que con tanta frecuencia brotaba de sus ojos, las afligía y contristaba, si bien era de ternura en la oración, misa y ejercicios devotos, y les bastaba estar a su presencia para renovar su espíritu en santos deseos.

16. "Universal farmacopea".

Era la universal farmacopea con que remediaban todos sus males: por el celo de la salvación de sus almas y confianza en la Providencia divina, en cuyo regazo descansaba como niño en el de su madre, sin que experimentase su Instituto penuria ni en épocas calamitosas, les parecía un apóstol; por su prudencia y dulzura en tranquilizarlas la comparaban a san Francisco de Sales; su pureza a la de un Ángel; su amor divino y caridad con los prójimos les presentaba un Serafín; sus aflicciones interminables y su mortificación la parecían a un mártir; como acertaba los secretos de su interior, creían que poseía el don de penetración; en las conferencias les parecía una Teresa de Jesús, y la voz de Dios que las hablaba, y su arrobadora presencia les recordaba la de la Santísima Virgen.

17. Dios se complace en ella.

Interminable sería la relación minuciosa de los actos de altísima perfección que practicaba con la más natural sencillez, nuestra dichosa y privilegiada Fundadora en tiempo de paz y de adversidad; parecía iluminada y robustecida por el Espíritu Santo en sus obras, pues ninguna ocurrencia de la vida causaba sorpresa a su corazón, pudiéndose decir como que Dios se complacía en los actos de obsequio y de amargura, en que puso la perfección de su querida Sierva, y fue el convergente de sus divinas comunicaciones, esmaltadas con los dones y frutos de su celestial espíritu.



CAPITULO XII

SUS MÁS GRAVES ENFERMEDADES Y RIGUROSAS AFLICCIONES CON QUE LA PROBÓ EL SEÑOR.

1. Sor María Rosa de la Cruz.

Bien podría llamarse sor María Rosa de la Cruz por los padecimientos a que Dios nuestro Señor la sujetó, a la cual la tuvo como clavada muchísimos años, aunque sus penalidades corporales no fuesen continuas, pero unas veces por la habitual y recia indisposición que se dijo de jaqueca, otras por sus voluntarias abstinencias y mortificaciones, hoy por las fatigas e incesantes trabajos por los prójimos, de que no prescindía ni aún en el recreo, y siempre por la continua crucifixión de su voluntad, y sobre todo encarecimiento el martirio de cincuenta y un años de escrúpulos o temores de que si no complacía a Dios, único ideal de su cariño y hermosas aspiraciones, felicidad ansiada en esta vida y para la eternidad.

2. "Como la corona de espinas".

Es cierto que el Señor la aligeró algunos años de las ayudas afecciones de cabeza antes de morir; ataques que la hacían sufrir tan crueles dolores, que venían a ser como la corona de espinas regalada por Jesús, a cuya violencia érale preciso quedar en cama dos o tres días semanales o bisemanales y en completa oscuridad por serle intolerable la más leve luz: en lo más violento no podía tomar ningún alimento, ni oír el más ligero ruido, que se le reproducía en el cerebro como si se lo destrozaran, y esta delicadeza la hacía amorosamente lamentarse, diciendo: « ¡Ay Jesús, Esposo, cuán bueno sois! ¡ay dulce! », y con tan penetrante acento de dolor, que afligía a los circunstantes, y la llevaba al delirio algunas veces; manteniéndose, empero, unida y dispuesta a la divina voluntad, sin que diera muestras de queja, sino de complacencia en su mal, iniciado desde su juventud.

3. "Con perfectísima paciencia y alegría".

La visitó, además, el Señor hacia el año 1858 con una grave congestión cerebral, y como amenazase peligro su vida fue preciso administrarle el santísimo Viático por orden del facultativo. Como esta enfermedad basa en el cerebro, hacían más crítico su estado los



sufrimientos morales, la molestia de la jaqueca y los incesantes trabajos mentales de sus cargos, que complicaban su dolencia; y aún en caso de restablecimiento era temible la continuación en aquéllos, lo cual conjuró el Señor en favor de su Sierva, que con perfectísima paciencia y alegría recibió este regalo suyo, haciendo que recobrase perfecta-mente la salud para recorrer la dilatada carrera, y gastar en obras de su gloria los dones de que era depositaria, ensanchando el baluarte de la virtud para bien de la Iglesia y de los prójimos.

4. "Desvaneció Dios el peligro".

Otra grave enfermedad tifoidea sufrió también en Ulldecona, en el hospital y escuela que tenía allí el Instituto, hacia el mes de abril de 1866 debiendo sangrarla dos veces por el pie por los profundos dolores de la cabeza. Muy desagradables debieron ser los síntomas que ofreció la sangre extraída, que el examinarla el médico dio de patadas en tierra de pena y disgusto, pues la apreciaba singularmente por sus extraordinarias condiciones de virtud y talento. Como tampoco era llegado el fin de su carrera, desvaneció Dios el peligro, e hizo que, repuestas sus fuerzas, prosiguiese sus benéficas tareas.

5. "Esta esposa de aflicciones".

Lo que más causaba admiración, y el corazón no podía presenciario sin afligirse de pena, era el ver tan frecuentemente sumergida su alma en el, mar de aflicciones, en ese océano de ansiedades de espíritu o de escrúpulos, mejor, martirio de angustias de muerte desde su primera comunión. Con tanto rigor y tempestuosa aflicción combatían su alma, que resultaba una atroz opresión y violencia a su corazón, que parecía que se lo partían, y sus ojos se convertían en dos fuentes de lágrimas, sin que en su tormento pudiese entrever la brillante corona que labraba en tan rudos combates por su exquisito amor y constancia en padecer.

¡Qué espectáculo tan conmovedor ofrecía esta esposa de aflicciones! Tan pronto como ascendió al Calvario de estos tormentos, preciso le fue proveer de sublime valor para no desfallecer en este erizado camino, pues decretado estaba que no descendería de él sino al bajar al sepulcro, triunfante de las potestades del averno, y no como ella sospechaba por su humildad con un fin poco tranquilo y edificante, porque era imposible no coronara con santa y apacible muerte el Señor, que fue todo su tesoro.



6. "Compartió con los valerosos espíritus".

Este fue el ejercicio de los esforzados santos Buenaventura, Ignacio y Francisco de Sales, cuya presión por breve tiempo les quitaba el sueño, alteraba su salud y demacraba su cuerpo, haciendo a estos héroes objeto de lástima y conmiseración. ¿Qué estrago y qué aterradora confusión no debía producir en esta inexperta y tierna niña? Admirable es Dios en sus escogidos. Ella compartió con estos valerosos espíritus el desesperado combate del infierno, que temía su derrota por el triunfo de la que miraba auxiliada por el cielo, para desarrollar la obra de su gloria, aunque tuviese que apurar el cáliz para purificarla y hacerla semejante a quien la eligió por esposa, pudiendo decir también: « Triste está mi alma hasta la muerte ».

7. "Todo era permisión divina".

Los sabios y virtuosos directores que la habían tratado y experimentado desde jovencita, declinaban prudentemente demandarla datos y motivos del principio de la aflictiva situación de su espíritu, que, según manifestaba, no reconocía causa culpable, y se comprendía también claramente; además, que era echarla de un golpe en un abismo de nuevas tribulaciones, y debían eximirse las consecuencias que podían suscitarse; entendiéndose, por el contrario, que todo era permisión divina, y así se procuraba afianzarla en el deber de despreciar estos injustos temores, que le presentaba el enemigo para impedirla mayor bien, creyendo ejercer muy laudables actos de caridad espiritual, si se conseguía tranquilizarla y hacerle ver que todo se encaminaba a su mayor santificación y eterna felicidad, esperando con piadosa seguridad el hermoso premio que le valdrían tantas lágrimas y desolaciones, fundando esta confianza en la perseverante y perfecta práctica de las virtudes, y la apacible serenidad que seguía a tan fieros combates.

8. Escenas de desolación.

Si esto así fuera, reponía, que tuviera seguridad que Dios me ama, al instante cesarían todos mis tormentos. Los días ordinarios de estos atropellos eran los de confesión; en esos actos, decía, en que otros logran su paz y consuelo, son para mí un martirio, y efectivamente que daba gran lástima y compasión ver su rostro raramente desfigurado, sus ojos dos fuentes de lágrimas, su corazón con tanta agitación y dolor que le parecía destrozársele, y la cabeza desvanecida sin saber dónde estaba, haciéndose preciso sostenerla



varias veces las hermanas y auxiliarla el confesor para evitarle algunas caídas.

Estos lances recuerdan la escena de desolación en que el evangelista san Juan y santas mujeres auxiliaban a la Virgen Santísima en el regreso del Calvario a Jerusalén en la muerte de su divino Hijo, que tanto lamentaba nuestra Sierva la sospecha de la ausencia de su amor.

9. "Has herido mi amoroso corazón".

Estos días eran en que las hermanas temían los trastornos de su Madre, diciéndose: « ¡Ay la Madre hoy! ». Siendo frecuente lo mismo los días de comunión, de la que se miraba indigna, y después de su recepción quedaba tan unida a su amado Jesús, que parecía abismada con la posesión real de su Bien. En otras ocasiones había de suspender toda ocupación por lo mismo estando en el despacho, y que alguna menos recta lo traducía en siniestra acción, cuando creía que se le acababa la vida con tan agudos dolores, que podía decir: « ¡Has herido con dolor mi amoroso corazón, Amado mío! ».

No se sabe si por esta causa, o por afecto a la santa modestia, había dicho algunas veces que le sabría mal si después de su muerte hiciesen ninguna operación en su cuerpo, pues es cierto que su corazón muchos años ha que lo tenía lastimado.

10. Los días lúgubres.

Otros recuerdos que para los cristianos son de grata satisfacción, para su alma se convertían en amarga queja, que parecía la hacía Dios por su infiel correspondencia, como eran los cumpleaños de nacimiento, santa Patrona, toma de hábito, profesión, fin de cada año y principales festividades, y éstos eran los días lúgubres en que se purificaba el alma, como si fuera un criminal, y la hermooseaba en tan laboriosa aflicción.

11. "No se veía huella".

En combates más o menos recrudescidos esmaltaba sus preciosas obras de caridad de treinta y cinco años, que llevaban señal de ser aceptas al Altísimo, como que, después de tan deshechas tormentas, no se veía huella, ni sospecha siquiera, que pasase tales atropellos la que tenía tanta luz, discreción y consejo para los demás, y tan complaciente estaba a todas horas.



12. Explosión de disgusto.

Alguna vez se pensó cuán conveniente podía ser conservar los datos de su vida para gloria de Dios y edificación de las hermanas, indicándosele

ligeramente este pensamiento, y más viéndola ya muy delicada; pero era tal la explosión de disgusto que hacía a su humildad, que se deshacía en gran llanto, y se afectaba profundamente, debiendo dársele como no indicada la idea para recobrar su serenidad, porque parecía rogársele un monumento de faltas, lo que se deseaba como un favor para la Congregación.



CAPITULO XIII

ÚLTIMOS AÑOS, POSTRERA ENFERMEDAD Y MUERTE DE NUESTRA SIERVA.

1. Privada del descanso nocturno.

Hallábase ya al fin de la aprovechada carrera señalada por Dios a su siempre fiel y seráfica Sierva; y por más que la Congregación necesitase mucho de su dirección, ejemplos y persona, y su edad no fuese en extremo avanzada; sus imponderables méritos y fatigas abundaban la tasa del justo juez, que quiso darla consuelo y reposo premiándole todas sus penas y trabajos.

La vida atribulada y laboriosa que había llevado con desolación y heroica animosidad, era sobrada para destruir prematuramente la más robusta y sana constitución física de quien hubiese sido menos fortalecida por la gracia. Con todo, y no obstante la aparente salud que manifestaba disfrutar, habían dado visibles consecuencias en su cuerpo y tomado mucha gravedad sus achaques, y en especial los síntomas relativos a la afección del corazón (que el médico no declaró antes a las hermanas por no contristarlas tanto tiempo), se habían desarrollado tan notablemente, que durante cinco o seis años se veía privada del descanso nocturno varias horas, por la dificultad y fatiga de la respiración, sí estaba acostada; debiéndose estudiar y combinar varios modos para que pudiese conciliar el sueño, siendo al fin inútil toda industria, pues que ni sentada lograba descansar en la cama. La sofocación que la causaba cualquier gas o aire menos puro, la había forzado tiempo ha a dejar el dormitorio y mesa común, que estaban inmediatos a la cocina, instalándose, con disgusto de separarse de las hermanas, en otro cuarto. Fue acometida de violenta tos, que se dijo ser de coqueluche, o más acertadamente resultado fatídico de la afección interna, durante algunas semanas, que se ponía amoratada por la asfixia que la producían tales accesos con esputos de sangre, los que terminaron como triste preludio de su desesperada situación.

2. "Oía arrodillada la misa".

Tan mal parada la dejaron estos ataques, que era preciso dormir algunos años en una silla, apoyada sobre sus manos la cabeza, y lo que para ella era más sensible el no poder levantarse, por falta de descanso, a la hora regular, asistir con las hermanas a los actos religiosos, y la distracción que con su tos las causaba; pero en medio de todo le concedió el Señor la gracia de poder asistir a la



santa misa, en que renovaba los santos votos y oía arrodillada, por más justito que le venía aguantarlo, hasta cuatro días antes de su muerte (como el trabajo y cuidado diario del Instituto), para lo cual era preciso hacerse un gran esfuerzo, después de las fatales noches de que despertaba tan contenta y animosa, cual si disfrutara de reparador sueño en mullido lecho.

3. "Un lamentable y no lejano desenlace".

Como la enfermedad se hubiese declarado ya desesperada, había anunciado el facultativo con cierta reserva a algunas hermanas un lamentable y no lejano desenlace, que éstas disimulaban a las otras y al confesor, que tenía en gran respeto y veneración a la enferma, y asimismo para no hacer prematuras las consecuencias que vendrían al realizarse tal pérdida para la Congregación. La supuración de una de sus abultadísimas piernas y horribles pies, que sufría coma si fuera otra la paciente, confirmaba la reducción de su vida; pensamiento que rechazaban cuantos la profesaban cariñoso afecto, y que el malestar que sentía la aseguraba un próximo fin a su peregrinación sobre la tierra, que disimulaba a casi todos, para no afligir a los que sobraría tiempo para llorar su muerte.

4. "Por doquier se veían lágrimas".

El día 8 de junio de 1876, jueves, a las dos de la madrugada, se vio atacada de inaguantables dolores de vientre, con un temblor general muy violento, que la hacían prorrumpir en algún involuntario grito, por más que siempre disminuía sus males.

Ignoraba el confesor esta calamidad; y como no había asistido a la comunión con las hermanas, que era toda su felicidad, subió a verla, y en vista de tan inesperada novedad hizo que se llamara con urgencia al médico, quien ante el invencible peligro dispuso el segundo día la administración de los santos sacramentos. Tan repentina y triste noticia llenó de consternación la casa y las cuatro comunidades inmediatas, que se alarmaron con este anuncio, y no menos el confesor que durante quince años tenía su dirección espiritual, y con quien había compartido durante veinte y seis años fuertes trabajos y no menos disgustos, y había admirado en ella un limpio espejo de perfección. Por doquier se veían lágrimas por el temor de esta calamidad, y en medio del aflictivo movimiento se mantenía tranquila nuestra Sierva, que oyó la nueva contenta con lo que el Señor quisiera disponer, y vio llegado su fin: como el peligro avanzaba con rapidez, no fue prudente llevarle el santísimo Viático más allá del viernes.



5. "Se consideró más del cielo que de la tierra".

A las nueve de esta mañana se presentó en su aposento el Señor sacramentado, y era de ver el venerable aspecto y devoción fervorosa que mostró nuestra Sierva en su última recepción; y cuando los presentes se esforzaban en reprimir el dolor y sollozos para no apesadar a su Madre Fundadora, ella cuidó después de tranquilizar y animar a sus hijas hasta con ciertos chistes. La satisfacción que experimentó su corazón, reconocido al favor que la había dispensado Jesús, la expresó con sonrisa y cariñosa inclinación de cabeza, despidiéndose de su Amado al bendecirla el confesor con el Sacramento, acto que interesó vivamente la atención; y desde entonces se consideró más del cielo que de la tierra, y se pudo ver con cuánta paz y alegría se une el alma justa con su Redentor, otorgándola angélica y edificante muerte, cual correspondía a su fervorosa vida.

6. "¡Déjeme marchar!".

Acogida amorosamente en el seno de su Salvador con deliciosa quietud, tras una que otra insinuación de dejar este mundo, haciendo cuanto pudo menos sensible a los demás su próxima muerte, en confirmación de su inquebrantable obediencia, y como pidiendo permiso al confesor hasta para morir, le dijo: ¡Déjeme marchar! A que éste contestó: Cúmplase la santísima voluntad de Dios. Después de lo cual no tardó a entrar en un sopor que no la dejó ya más; y desde entonces se veía en su lecho el aspecto y tranquilidad del ángel, que de vez en cuando con algún ligero movimiento daba señal de vida, estado que duró hasta el inmediato domingo. ¡Cuán admirable es la Providencia en amparar y librar a los suyos el día de la tribulación!

Como no daba esperanza de mejorar su estado, no se creyó prudente diferir la administración de la extremaunción, que se verificó el sábado a las seis de la tarde, con la que se purificó su esclarecida alma por los méritos del Salvador; para cuyo acto se reunieron las hermanas que no habían asistido al Viático, y ganó las indulgencias que brotan de la sangre purísima de Jesús.

7. "Su última respiración seráfica".

En los designios del Eterno estaban completados sus días, y esta víctima había labrado con grandes sacrificios su brillante corona. El día 11 de junio, domingo de la Santísima Trinidad (cuya devoción a



este sublime misterio la hizo bien manifiesta y como perpetua entre las de su Instituto, que le inscribió en esta primordial cofradía), a las doce menos cuarto de la noche este holocausto de la más subida caridad, a los sesenta y un años de edad, extinguió su última respiración seráfica; y con la suavidad del ángel, sin sudor ni pena, entregó su alma al Padre, a quien tanto veneraba; al Hijo, a quien con ardor amaba; y al Espíritu Santo, que la había dotado de tantas gracias y amor seráfico, viéndola como espinada cual otra Rosa; lastimado su corazón como Francisco, y desolado su espíritu cual Dolorosa, sus tres patronos bautismales.

8. "El cariño de sus santos recuerdos".

Desde este instante pudieron dar libre desahogo para llorar sus hijas la pérdida de su insigne Fundadora y tierna cuanto dulce Madre; y muchos años no bastarán para borrar el cariño de sus santos recuerdos. En público y ocultamente lamentarán su separación; y su memoria evocará con frecuencia sus exhortaciones y elevados consejos, para dirigirse y consolarse con ellos; y reconocieron con sinceridad que sólo la divina voluntad podía llenar el vacío que dejó en el Instituto.

El lecho en que murió quedó limpio y ordenado, como si quisiera reflejar la limpieza espiritual de la que le ocupó sin dejar la más leve señal de humana miseria: la hermana, su enfermera, solicitó con interés devoto tener la dicha de ocuparlo tal como lo había dejado su amada Madre, y sólo logró el colchón, en que sin limpiarlo durmió algunos años.

9. "En tranquilo sueño".

Vistiose a su respetable cuerpo con los hábitos religiosos; fue colocado en la cama mortuoria, hasta que después se puso en una caja de madera sencillamente forrada, y con los adornos y obsequios que son costumbre con las demás hermanas difuntas.

Quedaron sus respetables restos sin las huellas ordinarias de muerte, antes si cabe, más naturales que en su dolencia; y sus carnes se mantuvieron flexibles y suaves hasta más allá de su entierro, como si descansara en tranquilo sueño, según se experimentó más tarde.



10. "Volado gustosas a darle el último adiós".

Como el respeto y amor hacia su persona rayaba en delirio, se hubieran complacido de tributarle muy honrosas y distinguidas exequias: y por ciertas atenciones, como si su modestia inspirara todavía estas últimas demostraciones, se hizo con ella lo que con las otras de entierro, misas y sufragios, quedando los demás obsequios espirituales a devoción voluntaria de cada uno, que fueron muy numerosos de las hermanas, amigos y seglares.

Asistieron a su entierro las hermanas de las cuatro residencias de Tortosa y las de la de Roquetas y algunas otras; y a ser posible satisfacer el deseo, todas hubieran volado gustosas de toda la Congregación a dar el último a Dios y desahogar sus contristados corazones junto al de su querida Madre, como varias otras veces. Las lágrimas y sollozos de las hermanas, albergados, amigos y conocidos, sellaron el cariño que la tenían, besando muchos, en señal de respetuoso recuerdo, sus manos.

11. El día de su estimado santo.

El día 12 fueron trasladados sus restos por la tarde, en que se hizo el acto de sepultura, al cementerio común del pueblo, acompañados de su confesor y otros sacerdotes, niños con hachas, cuantas albergadas pudieron seguir, que no sabían desprenderse de la que había sido su próspera Madre, y de otras muchas personas. Las disposiciones vigentes prohibían la inhumación antes de veinte y cuatro horas de la defunción; lo cual fue motivo de verificarse el día de San Antonio, su estimado santo, virgen y patrón antiguo de familia, a quien profesaba singular devoción desde pequeña, y el que es de creer que recibió a su devota y fue su protector ante el Altísimo.

Más tarde se distinguió su sepulcro con una hermosa lápida nominal.



CAPITULO XIV

DESPUÉS DE SU MUERTE

1. "La herida parecía irreparable".

Imposible era que después de su entierro quedara todo acabado: y si el sentimiento y dolor fueron tan duraderos, la herida del Instituto parecía irreparable. Las conversaciones de las hermanas y las demostraciones giraban siempre en la memoria y referencia de los ejemplos de virtud, prudencia y talento de la que había dejado tan sensible vacío, y aún se recuerda con pena su muerte, como si fuese reciente; y un doloroso ¡ay! después de tantos años, se escapa al recuerdo de su caridad e innata prudencia.

2. "Merece ser alabado y recomendado en gran manera".

Mas el Señor, que suscitó esta tormenta, asistió a la Congregación por su inmensa bondad y por el generoso y cumplido sacrificio de su Sierva, cuyos merecimientos han de pesar mucho en la balanza de su justo cariño, y ha ido bendiciendo la herencia que con muchos sudores y penas adquirió para su divina gloria y conocimiento, y hoy se ostenta bien fecunda en edificantes y balsámicas virtudes que difunden sus hijas en los treinta y seis hospitales, colegios y casas de Misericordia, según informe de los excelentísimos e ilustrísimos prelados de Tortosa y Tarragona; el paternal afecto del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal de Zaragoza, en cuyas diócesis radican sus casas, y la protección que ha ofrecido al Instituto el eminentísimo señor cardenal Rampolla, secretario de Estado de su Santidad; siendo asistidos por sus hijas más de quinientos enfermos, socorridos seiscientos expósitos, huérfanos y ancianos, y educados sobre tres mil doncellas y parvulillos, a cuya benemérita obra pone el sello la suprema declaración de nuestro sapientísimo Padre León XIII en el Decreto laudatorio de 2 de octubre de 1888, que dice: "Que el Instituto de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, fundado por sor María Rosa Molas y Vallvé, merece ser alabado y recomendado en gran manera."

Esta es aquella imperceptible semilla germinada en la preciosa alma de una humilde religiosa, de la que dijo el Excmo. Sr. Vilamitjana, arzobispo de Tarragona, enseñando el retrato de aquélla a una profesora y a una hija suya pequeña, que era una santita; y



bendecida por Dios rinde abundantes frutos de virtud; porque ni el que planta ni el que riega, sino sólo El da el buen éxito.

3. "Cadáver completamente íntegro".

Vamos ahora a admirar las gracias prodigiosas con que piadosamente se considera honrada su memoria después de su muerte, además del incremento de su Instituto.

Interesadas sus hijas sin interrupción en cuanto significa gratitud y excelencia de su venerada Fundadora, hervía unánimemente en su corazón el irresistible deseo de ver el tesoro de su cuerpo, si se ofrecía oportunidad para conseguirlo; pero que era imposible a no haber transcurrido dos años de la defunción, que señala la ley, y los cuales les parecían dos siglos. Púdose lograr esta ocasión después de este plazo, y a aquel efecto pasaron algunas hermanas con el confesor y otro sacerdote al cementerio, y en su capilla se celebraron una misa por nuestra difunta Sierva y otra por las demás allí enterradas, las que oyeron con las hermanas, algunas albergadas y otras personas conocidas, que vivamente deseaban ver sus restos.

Al abrirse la caja que contenía éstos, la admiración y la pena fue general: su respetable cadáver fue hallado completamente incorrupto e íntegro, del que sólo se había desprendido la uña de un meñique, que quedó encima del santo hábito. Afirmó el albañil que abrió el nicho, y había visto muchos cadáveres, que al haber levantado el cuerpo en alto se hubiera mantenido derecho. La piel del cuello, que tenía tan grueso y proporcionado a su constitución física, fue a parar hacia el hombro izquierdo, y conservaba muy buen color de rosa, que, según opinión facultativa, no es cosa natural, sino extraordinaria; la carne de sus manos, que es la que se tocó, se conservaba suave y flexible, que se cogió dándole un pellizco en un dedo de la mano; los ojos los tenía naturalmente cerrados, como se los habían puesto; los hábitos, demás ropas y calzado todo estaba tan entero y fuerte, como nuevo y acabado de poner; unas ligeras manchas, que parecían de sangre, tenía en el cuello de ropa y un poco de polvo encima del hábito quedó como señal, al perecer, de lo mucho que había salida por la boca, instantes después de inhumada en el nicho; porque de resultas de la enfermedad los abundantes humores de pies y piernas, que tenía tan abultados, se centralizaron en el vientre, que le quedó más levantado que antes, y se oyó una fuerte explosión, que el albañil creía que sólo se hallaría polvo de su deseado cuerpo al abrirse el sepulcro. Empero, es preciso decir que no se hizo lo que en su obsequio se había proyectado, por el llanto y turbación, pues algunos sencillos creían verlo como cuando vivía. Se



le limpió un poco del polvo de las ropas, y cubierta otra vez la caja se repuso en el sepulcro.

4. Nuevamente en sus cajas.

En esta ocasión se pudieron ver los cadáveres de dos de sus hijas, que hay debajo del sarcófago, llamadas sor Antonia María Borrás y Monreal, y sor María Francisca Monserrat y Torné, natural la primera de Fatarella, y de Valls la segunda, ambas de esta provincia, fallecida aquélla del cólera en 20 enero 1868, siendo aún novicia, muy observante y fervorosa, con ardientes deseos de ver a Dios, ofreciéndole gustosamente su vida, y murió en la enfermedad que sufrió entonces esta casa de Misericordia. La segunda murió de otra enfermedad, y era asimismo muy mortificada y obediente. Sus dos cuerpos se conservaban también enteros después de diez años de su muerte, cuya conservación se consideró como especial favor por sus virtudes, y se repusieron nuevamente con sus cajas en el osario.



CAPITULO XV

GRACIAS EXTRAORDINARIAS QUE ALCANZARON ALGUNAS DE SU HIJAS POR MEDIACIÓN DE NUESTRA SIERVA

1. "Gravísima pulmonía doble y galopante".

La antigua enfermera de nuestra Sierva, sor María Vicenta Huguet y Ferrer, natural de Burriana, provincia de Castellón, fue atacada de una gravísima pulmonía doble y galopante, por la cual fue llamado el ilustrado cuanto experimentado médico de la comunidad don Ángel Lluís, quien consideró desesperada y mortal la dolencia; por cuya causa dispuso la administración del santísimo Viático, siguiendo la enfermedad su veloz curso, a pesar de las tres sangrías y demás medicación, y presentando síntomas cada día más desagradables. Todo era impotente e inútil para contener la violencia del mal, que iba siempre en aumento, y la enferma ya no podía estar más que sentada en la cama y sostenida por muchas almohadas; y no obstante la tos era continua y molesta, que la impedía tomar todo líquido, porque la ahogaba y no la dejaba reponer ni un instante. Se cumplió la orden del médico de llevarle el Viático, y la desconfianza de salvarla tenía muy preocupado al doctor, que varias veces había manifestado a la enfermera, sor Pía Verdiell, que no tenía curación: lo mismo declaró después a la madre superiora cuando quiso enterarse del verdadero estado de la paciente: "No pienso que pueda salir de este paso, la dijo; pero si contra mi opinión se librara, es como si no, pues quedará inútil para todo, por ser tísica."

Se comunicaron al confesor las desesperadas noticias del médico, y le eran más temibles por la gran competencia y larga experiencia del facultativo, cuyos pronósticos de ordinario eran decisivos. Viendo una de las noches, que la visitó aquél al salir de los ejercicios espirituales que hacía entonces, que el caso se daba por perdido, según repetidas declaraciones facultativas, encargó a la enfermera que propusiera si le podría hacer una aplicación de sanguijuelas, dado el fatal estado de ruina y por haber sido infructuoso cuanto se le había hecho. "Es inútil, contestó, no harán nada... pero si quieren aplicarlas... más por no contrariar a la enfermera, que por esperanza de utilidad." La enfermera le puso doce sanguijuelas en la parte que se sentía el mal, las que desprendiéndose luego, murieron todas sin haber hecho ningún efecto. Vano empeño en querer hacer salir sangre por más estímulos de aguas y cataplasmas que le aplicó la enfermera hasta cansarse: el médico había acertado, que era pensamiento inútil, y la enfermedad continuaba a, galope su destructora acción, sintiéndose la enferma con más fatiga y sofocación para respirar.



Al salir por la noche se enteró el confesor de que se confirmaba la sentencia del facultativo. Como aquél tenía en muy elevado concepto los méritos de nuestra Sierva, por lo mucho que la vio sufrir y obrar durante su vida, cuya admiración aumenta cuanto más profundiza sus perfecciones y penalidades, lleno de confianza en la admirable caridad de la Madre Fundadora, se acercó a la enferma, y la dijo: "¿Tiene V. confianza en la Madre para alcanzarla la salud del Señor, si así es conveniente?" Y respondiéndole con resolución que sí, la añadió: "Se pondrá V. los rosarios de bolsillo de la Madre a la parte dañada, ofreciendo rezar alguna cosa durante nueve días si se digna alcanzarle la salud, si puede y es voluntad de Dios otorgársela." Ordenó a la enfermera que hiciera nueva cataplasma, que cumpliera únicamente para obedecer, por el resultado anterior y por estar secas las heridas.

En esta cataplasma se colocaron ocultamente las cuentas y se las aplicó a la parte dañada. ¡Oh misericordia divina! al instante empezó a afluir sangre y más sangre, la tos desapareció, la enferma se encontró repentinamente bien, mientras la enfermera estaba admirada de lo que veía sin saber la causa. La gracia estaba ya dispensada.

En la mañana del siguiente día el confesor volvió a ver a la enferma, preguntándolo a la enfermera, y le contestó que estaba ya bien como si nada le hubiese pasado. Entonces se declaró a ésta el secreto cómo fue obra de la gracia por la Madre Fundadora, y tiernamente reconocida se convenció que no era delirio de la enferma, como pensaba, el pedirle la ropa para levantarse e ir a la iglesia, sino un prodigioso favor recibido de la Madre Fundadora. "¿Podía V. bajar a comulgar, como le indiqué anoche?" le dijo el confesor.

"Aunque me siento débil, estoy animosa para bajar," y el confesor no se la consintió.

Luego se presentó el médico de mañana, como acostumbraba, con su compañero practicante, contándole ya muy avanzada por la velocidad que llevaba el mal la tarde anterior. Se acercó a la enferma, y viéndola tan bien, con gran sorpresa y admiración exclamó: "¿Qué es esto? ¿Qué han hecho? ¿qué ha habido?" Y con sobrada pudo sorprenderse al ver que la mortífera enfermedad había desaparecido sin seguir el período de estado ni el de descenso, quedando solamente para reparar la debilidad, que con las sangrías, medicación y demás se causó a la favorecida. Entonces no se declaró al médico la medicina celestial a que se había recurrido, y viendo en otra ocasión que la curada se ocupaba con tanto aire en sus fatigas, la llamó y preguntó: " ¿Es V. la hermana que estuvo tan enferma? Sí, señor, respondió la interrogada...-Pero ¿se cansará usted mucho?-



¡Ah, no, señor, estoy mucho mejor que antes, cosa que no sabía explicarse, porque la creía tísica. Refiriéndose a su repentina y radical curación, le preguntó la hermana: " ¿Qué no podía haberme curado la Madre Fundadora? -Sí que puede." Tanto la enferma como la enfermera certifican este caso maravilloso.

2. "Perfectamente curado el dedo".

Esta misma hermana sor María Vicenta Huguet padeció de un uñero, que tenía en el pulgar del pie izquierdo, que la molestaba en gran manera, obligándole a llevar el pie fuera del calzado, y la privaba de andar con desembarazo.

Vivía aún nuestra Sierva, y como tuviese mucha pena y recelo por temor de un mal resultado, llamaren al médico, que lo halló muy agravado, y dijo que para curarla la haría sufrir mucho. Con largo y esmerado cuidado y una buena temporada de reposo, logró que se aliviase un poco. Después de la muerte de la Madre Fundadora, a quien sirvió, se le exacerbó con violencia y mayor peligro, pues si antes tenía una sola herida, tuvo después cuatro; dos a los extremos anteriores de la uña, y dos a los posteriores, con lo que pasaba ratos bien amargos y temor de perder el pie.

Pensaba la paciente que se le pudría el dedo y si moriría de aquel mal, como aconteció a otros; y como después de cuatro o cinco años se le agravase, se acordó de su compasiva Madre, y con mucha confianza se puso uno o dos pedacitos de tela, que tenía manchados con sangre que salió de las heridas de las sanguijuelas que pusieron a la difunta; y sin otra medicina, ni pensar más en su mal, halló perfectamente curado el dedo, sin que después haya experimentado el más leve dolor, ni se le haya reproducido nada más después de tantos años.

3. "Recobró el habla y el conocimiento".

Sor Ángela Sanfeliu y Quintana, superiora de las Hermanas de la Consolación de Mora Nueva, de este obispado, hacía como treinta años que estaba enferma, durante los cuales había recibido varias veces los santos sacramentos. Hallándose en su residencia se le agravó la enfermedad del corazón por la que tenía frecuentes y violentos accesos de sofocación y delirio, según las temporadas, que con medicinas le desaparecían. El médico había asegurado a las hermanas que moriría en uno de estos ataques cuando la vio más delicada, y por lo mismo que la hicieran viaticar. Así se cumplió: mas el día 14 de marzo de 1888 le vino un nuevo acceso y delirio, que



privada de la palabra y con algunas demostraciones les daba el último a Dios pensando que se moría.

Contristadas éstas por acto tan repentino, pero previsto por el médico, afligidas porque no estaba oleada, llamaron precipitadamente al párroco, que era el confesor, para auxiliarla espiritualmente, y al verla en tal extremo corrió a buscar la extremaunción. En este apuro recordaron a su Madre Fundadora, de quien la enferma las había referido muchas veces actos muy edificantes y de extraordinaria virtud, y de la cual conservan una camisa con singular y devoto aprecio, y corriendo a buscarla la pusieron, para que la besara, a los labios de la moribunda, y repentinamente recobró el habla y conocimiento, y cuando llegó el párroco pudo comulgarla y olearla, conservándose despejada por unos doce días, y se preparó a morir con fervor y espíritu religioso, edificando con sus tiernas exhortaciones a la santa observancia, perfecta y mutua unión y caridad y la santificación de sus almas; acaeciendo su muerte ejemplar el 26 del mismo mes.

4. "Le desapareció el mal".

Sor María Gracia Falcó y Fabregat, hermana también del mismo Instituto, natural de Villafranca del Cid (Castellón), y residente en el hospital y colegio de Pedrola (Zaragoza), sufría también una afección crónica durante ocho años en la columna vertebral, que según declaración del facultativo director del hospital de Castellón de la Plana, era grave y de larga duración, a pesar de la variada medicación interna y externa que él y otros varios médicos la habían aplicado.

Venía soportando la paciente en medio de las tareas en que podía ocuparse muchos dolores y días bien amargos, sin que hallase remedio en Pedrola, cuyo cambio podía haber favorecido su salud, pero no sólo se veía privada de hacer ciertas faenas ordinarias, sino también el más ligero cansancio de un cortito paseo la ponía en cama dos o tres días.

El día 7 de diciembre de 1888 se le refirió la mucha confianza que tenían las hermanas en la Madre Fundadora, por las curaciones que piadosamente creían haber alcanzado por su mediación. Como antes había ya recurrido a ella, pero sin fruto, por ello es que no tenía confianza. El día 11 del propio mes sintió más fuertes dolores en la columna vertebral y un costado, por lo que resolvió empezar un novenario de Padre nuestros, poniéndose al acostarse el cinturoncito (que era la liga que la reverenda Madre llevaba por la mucha hinchazón de las piernas), y al instante que éste tocó a la carne le desapareció el mal, y ya no se lo quitó durante el novenario.



Concluido éste recelaba de quitárselo, pensando que le volverían los antiguos dolores, y que, volviéndole éstos con mayor agudeza que antes por esta desconfianza, entendió que debía quitárselo, como lo verificó, con lo que quedó perfectamente bien y pudo dedicarse como las demás a las tareas del Instituto, de que se veía antes privada, sin que haya experimentado retroceso alguno en su salud. De todo ha enviado relación la interesada, y que copiada literalmente va unida con las de las otras favorecidas.

5. "Otras han experimentado su pronto auxilio".

También afirman otras igualmente haber recurrido con sus congojas en casos más sencillos a la compasión no desmentida de su venerada Madre, v han experimentado su pronto auxilio.

Una hermana fue socorrida en el conflicto de no poder arreglar la cuenta mensual, por no concordar los ingresos y salidas con la existencia: llena de confusión invocó la luz y favor de su bondadosa Madre, y al instante atinó la equivocación, que de varios modos había inútilmente buscado durante seis u ocho días en los ratos que le quedaban libres, por lo que tranquila y gozosa rindió gracias a su bienhechora del favor que la había dispensado.

Esta misma hermana, en uno de los primeros días de agosto de 1889, se hallaba en cama a consecuencia de una gran aflicción de espíritu, y pensó de hacer alguna devoción al Sagrado Corazón de Jesús mientras la comunidad estaba en la misa; mas a las primeras letras le vino muy copioso llanto de la gran aflicción que se le había aumentado, invocando el auxilio de todos los bienaventurados y de la Virgen Santísima con gran esfuerzo, pareciéndole ser imposible verse libre de aquel estado. Dirigió entonces muy fervorosa súplica a la Madre Fundadora, de que le alcanzase el perdón de sus faltas o bien el remedio de sus necesidades, cuando de repente se sintió como si derramasen sobre su cabeza un bálsamo suavísimo, que se esparció por todo su cuerpo, dejándola en sosegada calma y con cierta confianza, y comprendió que el Señor quiso por sus altos fines concederla por su intercesión esta gracia.

Es muy frecuente entre las hermanas y otras personas perturbadas por objetos perdidos, hallarlos a su presencia después de pedir la gracia a nuestra Sierva. No es extraño que su alma se conmueva y alivie en dolencias de cabeza, corazón y aflicciones por pérdida de honra y otros objetos, cuando tantas penas y dolores toleró con perfecta unión a la divina voluntad, que con santo v dulce rigor quiso probarla.

LAUS DEO.

